

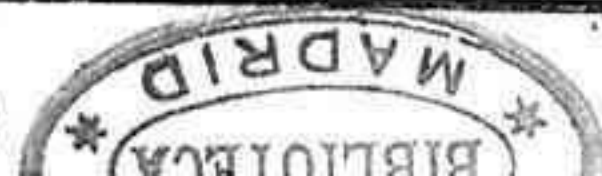
La Esfera

Año VI • Núm. 262

Precio: 60 cénts.



FRUTA ESCOGIDA, cuadro de José Pinazo Martínez



El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

UN LIBRO DE LA DUQUESA LAURA

Acaba de publicarse la *Agenda Culinaria* para 1919, libro indispensable en toda casa bien regida.

Contiene recetas y menús para todos los días; dietario ó libro de apuntes para llevar la cuenta; agenda semanal para la lavandera y planchadora, y un interesante apéndice con observaciones sobre la manera de conocer, preparar y presentar los principales alimentos, ilustrado con profusión de grabados. No puede darse nada más práctico que la *Agenda Culinaria*.

Precio: 3 pesetas en Madrid y 3,50 en provincias, franco y certificado.

De venta en todas las papelerías, objetos de escritorio, bazares y librerías de España, y en la de la Casa Editorial Bailly-Bailliére, Núñez de Balboa, 21, y plaza de Santa Ana, 11, Madrid.

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO



PECHOS Desarrollo, belleza y endurecimiento en dos meses con **PILDORAS CIRCASIANAS**, Doctor Brun. Inofensivas. Recomendadas por eminencias médicas. ¡27 años de éxito mundial es el mejor reclamo!, 6 pesetas frasco.

MADRID, Gayoso, E. Durán, Pérez Martín. ZARAGOZA, Jordán. VALENCIA, Cuesta. GRANADA, Ocaña. SAN SEBASTIAN, Tornero. MURCIA, Seiquer. VIGO, Sádaba. VALLADOLID, Llano. JEREZ, González. SANTANDEK, Sotorrio. SEVILLA, Espinar. BILBAO, Barandiarán. CORUÑA, Rey. TOLEDO, Santos. LAS PALMAS, Lleó. MALLORCA, «Centro Farmacéutico». HABANA, Sarrá. CIENFUEGOS, Farmacia «Cosmopolita». TRINIDAD, Bastida. PANAMA, «Farmacia Central». CARACAS, Daboin. SANTO DOMINGO, Fiallo. QUITO, Ortiz. MANAGUA, Guerrero. BARRANQUILLA, Acosta. Mandando 6,50 pesetas sellos á Pousarxer, Marqués Duero, 84, apartado 481, BARCELONA, remítase reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito. *Desconfiad de imitaciones.*





ARTURO VENTURA
GRAN PELETERÍA
1.^a Casa en modelos
CARMEN, 29, pral.-Teléf.º M-3.607.- Madrid

HERMOSURA DEL CUTIS



¡Cuánto fuego hay en tus ojos!
¡cuánta gracia en tu figura!
¡cuánta luz en tu mirada!
¡cuánto encanto en tu hermosura!
Mi persona, prosternada,
ante tus plantas se para.
¡Ay, quién fuera PECA-CURA
para vivir en tu cara!

¡JOVENTUD PERPETUA!

USANDO LOS PRODUCTOS

PECA-CURA

JABÓN

CREMA

POLVOS

AGUA CUTÁNEA

AGUA DE COLONIA

CORTÉS HERMANOS

BARCELONA

TINTAS LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS DE

Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70 BARCELONA
Despacho: Unión, 21

ANTI-EPILEPTICO DE LIEJA

suprime las crisis,
CURA TODAS LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS
Folleto gratuito - Dr. FANYAU, Farm.º. NELLE, Franci.

Obras de "El Caballero Audaz"

La virgen desnuda, novela.

Desamor, novela.

El breviario de Blanca Emeria, novela.

El pozo de las pasiones, cuentos.

De pecado en pecado, novelas cortas.

El redimido, comedia romántica.

El libro de los toreros, confidencias de los grandes toreros.

San Sebastián, diario de un veraneante.

Lo que sé por mí, confesiones del siglo, 1.^a, 2.^a, 3.^a, 4.^a, 5.^a y 6.^a serie, que acaba de publicarse.

EN PRENSA:

7.^a y 8.^a serie de Lo que sé por mí.

Observaciones de un espectador, críticas teatrales.

La sin ventura, novela.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

SE VENDEN

los clichés usados en esta revista.
:-: Dirigirse á Hermosilla, 57 :-:

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.

BAUME BENGUÉ
Curacion radical de
GOTA-REUMATISMOS
NEURALGIAS

De venta en todas las farmacias y droguerías.

MOTOCICLETAS de 2 1/4, 4, 5 y 7 HP.
Indian AUTOMÓVIL SALON
BARCELONA: Trafalgar, 52 MADRID: Lagasca, 103 VALENCIA: Paz, 33

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 12
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

COMPAÑY FOTÓGRAFO
Fuencarral, 29, Madrid

➔ Sucursal de LA ESFERA ➔
MUNDO GRÁFICO y NUEVO MUNDO

LIBRERIA DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

FUNDADA EN 1854 • APARTADO 97
Se remite gratis, á quien lo solicite,
☞ Catálogos y su Boletín mensual ☜

ALHAJAS

BRILLANTES, PERLAS, ORO, PLATA Y PLATINO SE PAGAN COMO EN NINGUNA PARTE :-: VENTA DE BANDEJAS, CUBIERTOS, VAJILLAS Y VARIOS OBJETOS PLATA DE LEY, AL PESO y FERNANDEZ Y VEIGA, ESPARTEROS, 16 Y 18, TELEFONO 2.529, MADRID

La Esfera

Año VI.—Núm. 262

4 de Enero de 1919

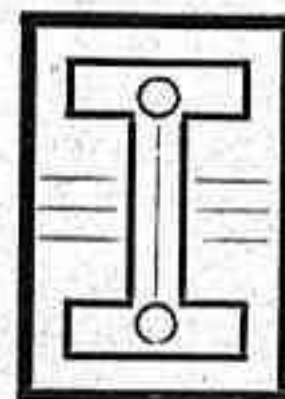
ILUSTRACIÓN MUNDIAL



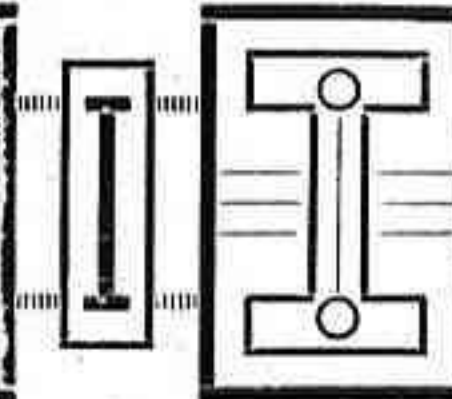
OTOÑAL

Dibujo original de Paul Rieth





DE LA VIDA QUE PASA EL ARTE DE CONTAR CUENTOS



NAVIDAD... Noel... Crhistmas... Año nuevo... Es la época de los saludos, los aguinaldos y los cuentos para niños. Vuelven a salir *Caperucita roja*, *La Cenicienta*, *Los siete durmientes*, y como la imaginación es vieja, toda la novedad está en el arte de presentarlos, en las estampas. Comprad estos libros, congregad a vuestro alrededor el coro de cabecitas rubias y de crenchas negras, comenzad a leer y veréis cómo todas se remueven y agitan los turbulentos bucles en cuanto os oigan hablar de una niña perdida en el bosque, de un lobo y un ogro y unas botas de siete leguas. —Otra cosa, otra cosa— os dirán—. Si eso lo sabemos ya.

Porque esos cuentos son respetables. Pulgarcillo vale tanto como Hamlet ó Segismundo; pero yo creo que va haciendo falta transformar por completo el arte de contar cuentos. No podremos crear un nuevo arte porque no hay nada nuevo bajo el sol y mucho menos en estas invenciones que datan de nuestra madre Eva cuando Caín y Abel, tirándola de las sayas, querían que les contasen cosas bonitas del Paraíso terrenal. Pero los cuentos de la abuela que se acordaba todavía del miriñaque, del huso y de la rueca, así como de los duendes de veras y de las brujas quemadas por la Inquisición, ¿servirán también para estos niños de ahora que nacen enseñados?

Así es, no lo dudéis, los niños nacen enseñados. Cuantas combinaciones puedan hacerse con esos elementos primarios—el bosque, la princesa encantada, el enano y el gnomo—, los niños las adivinan ya, y así como han caído muchas mitologías para grandes, va llegando también el crepúsculo de los cuentos infantiles. Todos esos caminitos floridos que tú, lector, seguiste á los ochos años, de la mano de un hada, y que yo veo aún, conmovido, en el más lejano y en el más puro horizonte, el de los recuerdos de infancia, dentro de poco nuestros nietos no los querrán seguir.

Quizá yo me equivoque—nuestras opiniones no son, al cabo, sino cuentos para niños grandes—; pero los niños de mañana empezarán á sonreír cuando nuestro cuento se inicie con las palabras viejas: —Este era un rey...— En lo que de fijo no me equivoco es en creer que los niños de hoy no soportan la misma historia tantas veces como la soportaban los niños contemporáneos del cuento de la buena pipa. Han nacido ya con mayor inquietud y con menos aguante. Al

reproducir nuestra vida, esos tiernos botones de rosa ¡han heredado tantas preocupaciones! Pesar demasiadas herencias sobre sus frentecitas que tienen ya fácil el fruncimiento y que cobijan tantas mañanas de complicaciones seculares. Quizá sea un prejuicio nuestro—y valiera más—; pero en su llanto se nos antoja ver la pena de muchas generaciones y nuestra propia pena que no puede romper en gritos ni deshacerse en lá-

NOCHE DE REYES

Empolvada de oro la peluca;
tacones rojos y engolado cuello;
cayendo como un sol sobre tu nuca
la rubia majestad de tu cabello,

pon una flor de lis sobre mi cota,
y en este cotillón de «seis de Enero»,
sé, en el paso gentil de una gavota,
la Reina Maga de mi amor primero...

¿Ves? El valle nevado... Por el puente
cruzan los Reyes Magos del Oriente;
brilla una estrella en el azul del cielo...

y yo, marquesa, al son de esta pavana,
cuelgo mi corazón en tu ventana
como un rojo chapín de terciopelo...

Como un rojo chapín de terciopelo
hasta tus pies mi corazón se inclina,
y marca en el bordón del violoncello
un «trémolo» compás de cavatina...

Lanza al baile de Reyes tu penacho,
marquesa chula del airón goyesco,
mientras roza tu nuca mi mostacho,
fuertemente español y donjuanesco...

En esta noche lírica y dorada,
con otros Reyes Magos encantada,
niña y mujer, entre mis brazos sueñas...

Como al Hijo de Dios te estoy sintiendo,
y tu oro, incienso y mirra voy bebiendo
en tus hondas pupilas madrileñas.

Pedro IGLESIAS CABALLERO

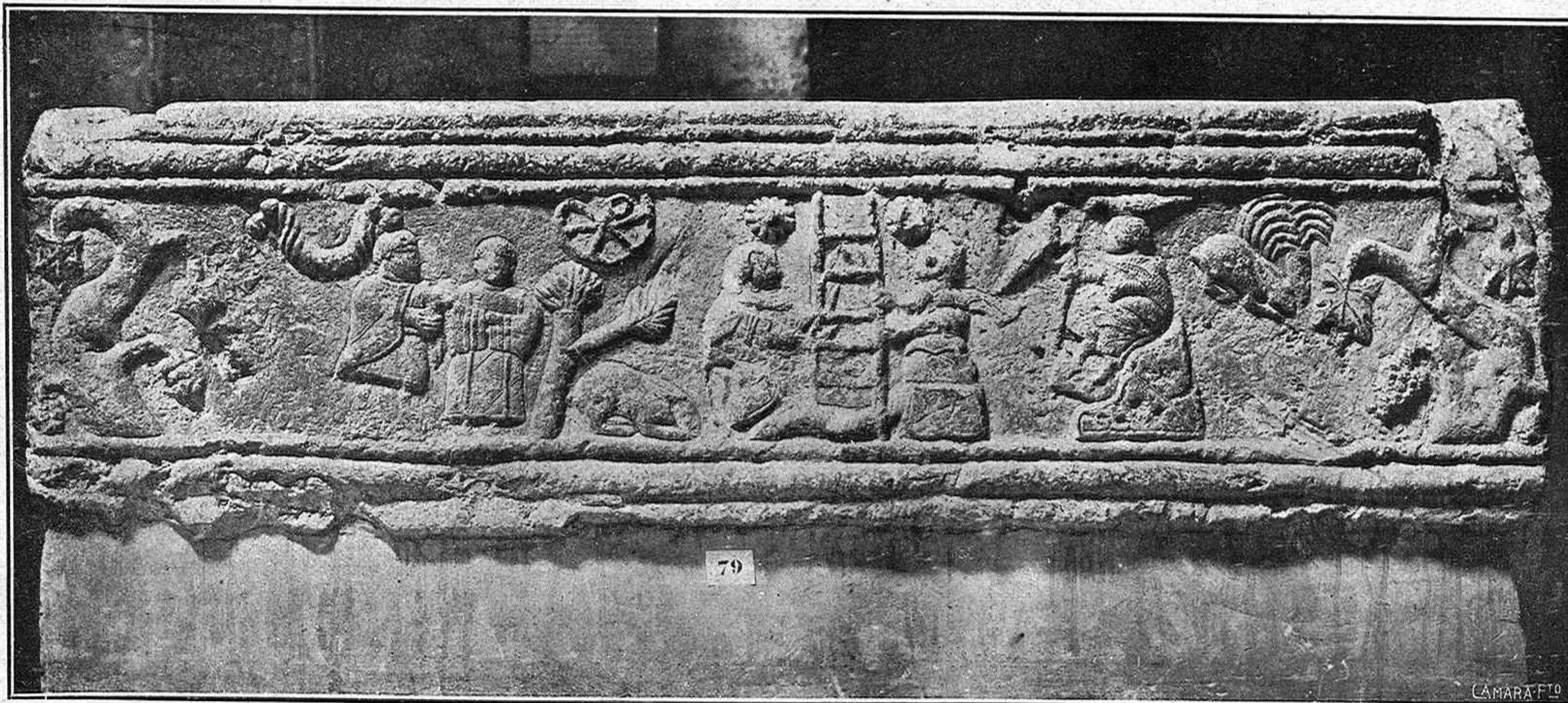
grimas... Todos seríamos felices pensando en la humanidad del porvenir si pudiéramos creer á cierra ojos en la virtud purificadora del nacimiento... ¡Perdón, lector; trataba de probarme á mí mismo que existe, en efecto, la movilidad, la inquietud infantil, y que esas cualidades son mayores en 1919 que en el año de la Nanita. Me he extraviado. ¡Perdón! Pero, de todos modos, si los cuentos viejos han dado tantas vueltas de labio en labio y los niños los han oído ya, por fuerza habrá que inventarles otros cuentos nuevos.

Y puesto que han de inventarse otros, ¿cómo habrán de ser esas invenciones? ¿Habrá que recurrir al mismo aparato escénico de lo maravilloso, sin variar de hadas y de gigantes, de gnomos y de duendes? Creo que esa solución es la peor. El pecado de monotonía no lo perdonan los críticos de siete años.

Además... Además los niños han visto ya aeroplanos. ¿Os parece que esto no quiere decir nada? Los niños han visto ya automóviles, dirigibles, lo cual les da idea exacta de que la flor de la maravilla puede cultivarse sin salir de la realidad. Las pobrecitas botas de siete leguas no sirven para nada si se las compara con esos terribles *taf taf*, y al contarles un cuento en que haga falta correr como el rayo para transmitir una noticia al príncipe encantado enamorado ó á la princesita encantada, es muy posible que el niño os interrumpa: —Dime, papá, ¿por qué no le ponen un radiograma?— Saben lo que es la telegrafía sin hilos y una porción de cosas sobrenaturales que no existían en la India, ni en Egipto, ni en los tiempos de la peluca y de las calzas en que vivieron los hermanos Grimm. Por consiguiente, es forzoso variar en absoluto lo que al parecer es un accidente, pero en realidad es la esencia de los cuentos infantiles. Hace falta una imaginación fresca para substituir el encanto del relato antiguo, contando con que los submarinos, los globos y los aeroplanos, las máquinas maravillosas de la paz y de la guerra llevan todo un cortejo de posibles mitologías. Nada puede decirse que sea ya absolutamente imposible. Lo extraordinario, lo sobrenatural es el pan de cada día, y bastará enseñarles el misterio de la vida para que palpiten en la imaginación de los niños el ala de lo maravilloso.

Luis BELLO

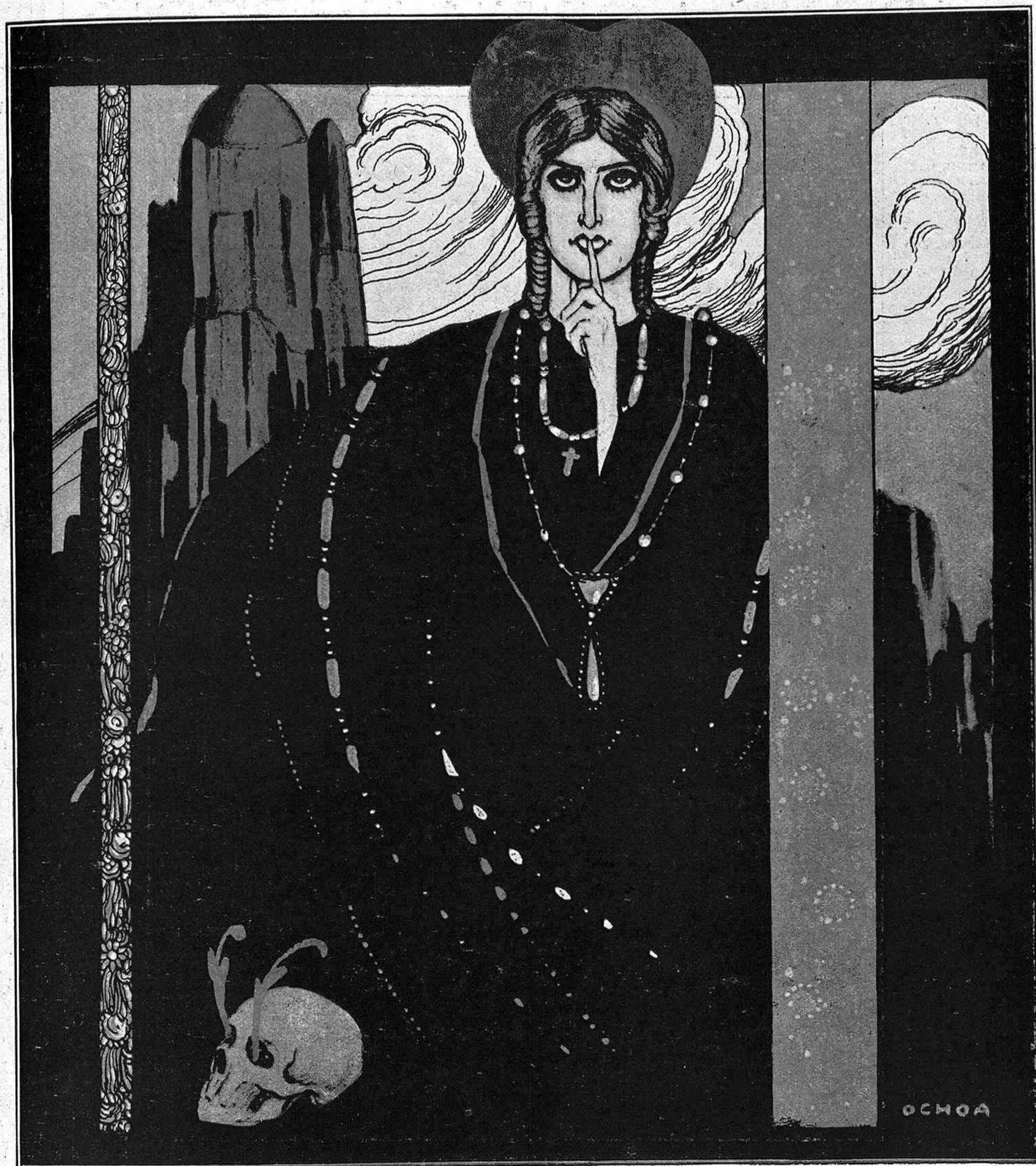
JOYAS ARQUEOLÓGICAS DE ESPAÑA



Sarcófago hispano cristiano del siglo V, existente en el Museo Provincial de Burgos

FOT. VADILLO

NIRVANA



... Y aquella voz que era
al par grave y suave,
me suspiró al oído: —Nadie sabe
nada de nada... Nuestra vida entera
es un enigma sin razón ni clave...
¡El misterio de Dios no tiene llave,
y en vano abrirle tu ansiedad espera!...
Todo, todo fué en vano:
tu inquietud, tu dolor y tu alegría...

¡Al principio y al fin de cada día
hay fatalmente, siempre, el mismo arcano!...

Sobre la inmensidad de este oceano
ninguna estrella con su luz nos guía!...
Inútilmente golpeará tu mano;
¡hasta la eternidad está vacía!...
Tu existencia, no más, es un gusano
¡que en el cadáver de algún dios se cría!...

¿Quién eres? ¿Dónde vas? ¿De dónde vienes?...
Sombra en sombras, reflejo entre reflejos...
Tu principio y tu fin en ti contienes,
¡y á la par estás cerca y estás lejos!...

Eres cuna y sepulcro de ti mismo:
todo y nada, á la par... Y tu deseo,
por no sé qué milagro de espejismo,
te convierte en gigante de pigmeo...
¡y te hace ver un cielo en cada abismo!...

Tu soberbia altanera
quiere regir en la celeste esfera
el misterio de las constelaciones,
¡cuando no sabe doméñar siquiera
el tumulto banal de tus pasiones!

Tu misma voluntad merma y restringe
tu efímero poder, y con el dedo

en el labio, tu vida es una esfinge
que no te atreves á invocar de miedo...—
Y apagóse la voz... Y lentamente
fui levantando mi abatida frente...
La luminosa claridad del día
en los cristales del balcón reía,
y en mi alma el olvido del Oriente
con sus sagrados lotos florecía!...

Y hasta el Budha de plata que mi mesa
de trabajo preside, á la luz vana
del alba que azulaba mi ventana,
parecía surgir temblando de esa
engañosa inconsciencia del Nirvana!...

F. VILLAESPESA

DIBUJO DE OCHOA

NUESTRAS VISITAS

IRENE LÓPEZ HEREDIA

RÁPIDA y grácil, como un pájaro que da un vuelcico pequeño, saltó del automóvil al paseo, y, al mismo tiempo que nos entregaba su mano, larga y blanca, igual que un lirio, exclamó mirando en derredor con alegría:

—¡Cuánta luz! Y qué sol tan rico. Acostumbrada á las tinieblas del escenario, me deslumbra esta luz de la mañana.

Tras de la dorada artista se apeó su mamá: una señora distinguida, resignada y silenciosa, que miraba á la hija con arrobo.

—Yo quiero que me haga usted una cosa bonita, que me presente como una mujer original, algo exótica, porque así soy...

Estas palabras de Irene nos hicieron sonreír. Ella, al observarlo, protestó:

—¿Se ríe usted? ¿De qué se ríe usted? Acaso de mí.

Nos apresuramos á explicar:

—Nada de eso, señorita. Me río del empeño que tienen todas las mujeres en aparecer como originales. Lo que usted me acaba de decir es lo primero que oigo á todas: «Yo no soy una mujer vulgar.» «Prefiero ser estrambótica á ser cursi.» «Si cree usted que yo soy como todas las mujeres, se equivoca.» «Yo soy lo que se llama una mujer original.» Y así siempre, Irene. Así siempre.

—Pues yo, esta vez, llevo razón.

—No lo dudo. Pero la originalidad psicológica no se demuestra con palabras, sino con hechos. Hasta este momento, nada original me revelaron sus actos. Una señorita que trabaja en un teatro de Madrid; que yo la cito en el Retiro, para, á plena luz, hacerla una entrevista, y que ella acude á la cita en automóvil, acompañada de su mamá. Esto, si usted me lo permite es vulgarcito. ¿No?

—Pero, señor mío, ¿qué quería usted que hiciera?

—¡Qué sé yo! Algo extraordinario: acudir á esta entrevista montada sobre un caballo tordo ó disfrazada con el hábito de Doña Inés, ó guiando una motocicleta y trayendo en el *side-card* á su compañero Sr. Vilches. En fin, algo que no fuese esto, que es lo eterno en España, lo de siempre.

—Vamos; usted hoy está loco —exclamó mirándome asombrada.

—Mejor. Estar loco ya es menos corriente que estar tonto y muchísimo menos que estar cuerdo. ¿No?

Rió la artista, mostrando sus dientes blancos é iguales como una joya de alabastro. Su cuer-



IRENE LÓPEZ HEREDIA

po, perezoso, gentil y cimbreante, iba envuelto en un amplio abrigo color rubí.

Mirando atentamente la perfección un poco perversa de su rostro, amasado con rosas y con nieve, la preguntamos:

—¿Se siente usted guapa?
—¿Cómo que si me siento guapa?—inquirió sin comprender.

—Que si usted cree que es bella.
Soltó una carcajada de cristal, y

—¡Ay! ¡Qué se yo!—trató de evadir.
—Esa respuesta tampoco tiene originalidad ninguna.

Entonces, con resolución, repuso:
—Muy perfecta no soy; pero bastantillo bonita sí. ¿No lo cree usted?

Y nos miró, incitante, con deliciosa coquetería femenina, enseñándonos otra vez la red de sus dientes frescos, que eran una tentación.

cación de artista está por encima de todo; se rebela contra todo. Es mi yo más firme. No hay nada que me compense de vivir, como vivir para mi arte.

—¿Entonces su única afición fué siempre el teatro?

—Siempre; yo no he vacilado jamás entre esta profesión ú otra. «Cómica.» No me molesta que me llamen «cómica»; al contrario, me gusta, me complace. Cuando pequeñita me preguntaban: «Tú, Irenita, ¿qué quieres ser?» «Cómica», respondía yo siempre. Y ya lo soy por completo, plenamente, en absoluto; entregada al teatro y á los del teatro en cuerpo y alma.

—Su director artístico estará muy satisfecho. Sin saber por qué se le arreboló el rostro, y...

—Sí; soy su discípula predilecta. Gracias á Ernesto Vilches, he llegado á lo que soy; es un director artístico admirable.

Nos limitamos á contestar:

—Con que lo crea su novio, basta. ¿No tiene usted novio?

Se entristeció; dejó un momento melancólicamente vagar por el paisaje sus pupilas azules, y, después, como pensando en voz alta, suspiró:

—¡Oh! ¡Novio yo! ¡Ya pasaron aquellos tiempos!

Y seguramente quedó su imaginación prendida en el encanto delicioso de sus pasados é inolvidables quince años, cuando las mujeres reciben cartas de pasión desesperada, que queman como ascuas.

—¿Está usted enamorada, Irene?—la preguntamos.

Ella, en vez de responder, nos miró largamente, dejando que nosotros adivináramos en sus ojos soñadores.

—¿Cuánto tiempo hace que está usted enamorada?—insistimos, después de adivinar.

—No hablemos de eso.

—¡Ah! ¿Tiene usted miedo?

—Por mí, no; por él, que no disfruta de la libertad que yo.

—¿No aspira usted á casarse?

—¡Oh, no! ¡Qué horror! ¡Jamás!—rechazó con toda su alma—. El artista, como usted dijo hace poco en la entrevista de la *Argentina*, debe ser libre; cantar en todas partes, pero no anidar en ninguna. El que es libre puede, en cualquier momento, rectificar su destino; él, ¡pobre prisionero! Para mí, un marido del teatro sería algo empalagoso é insoportable, y un marido ajeno al teatro, algo ridículo.

—Esto último suponiendo que él la dejase á usted seguir trabajando.

—Pero es que mi vocación de artista está por encima de todo; se rebela contra todo. Es mi yo más firme. No hay nada que me compense de vivir, como vivir para mi arte.

—Y dice usted que su vocación por el teatro se inició desde pequeña. ¿Y cuándo se acentuó?
 —¡Qué sé yo! Me crié en Murcia...
 —De donde es usted—la interrumpí.
 —Sí, señor; y allí, con mis amiguitas, jugábamos al teatro. Luego...

Meditó; tras de rememorar, prosiguió:
 —Luego, después de la muerte de mis hermanas, vinimos á Madrid. Aquí teníamos unas amigas que trabajaban en «El Arte Español». Y lo que pasa: ellas me animaron y yo me decidí.

—Y en «El Arte Español», ¿hizo usted papeles de importancia?
 —No, quíá; insignificantes. Después pasé con la Guerrero, y á ella le debo mi carrera.
 —¿Ah, sí? ¿Y cómo es eso? ¿Trabajó usted mucho con ella?

—No, señor; al contrario, no trabajé nada; y por haber prescindido de mí en absoluto decidí abandonar esa compañía. De lo contrario, ahora ya es posible que empezase á sacar vasos de agua á escena. Bueno. Me marché con Vilches. No pudimos contenernos.

—Y desde entonces data su amor.
 —No, señor—protestó—. Calle usted. No diga nada de eso. Después me contrató Tallaví, y á su muerte, volví con Vilches. Y usted ya ha visto la carrera tan rápida que he hecho; hay que dejar de ser modesta.

—Perfectamente; así lo diré.
 —Pero eso lo pone usted por su cuenta; diga usted: «Esta artista, que es tan eminente como modesta.» En fin, esas cosas.

—Será usted complacida. Y dígame, Irene, ¿es usted apasionada?
 —Sí; apasionada; sé sentir.
 —¿Y feliz?

—Hasta ahora quiero serlo, y lo soy; para mí todo es satisfacción.

—Pero, perdone usted; hay dos felicidades: la de la profesión y la íntima.

—De las dos disfruto yo. Como mujer y como artista he sido muy feliz.

—En caso de tener que sacrificar una de las dos cosas, ¿por cuál se decidiría usted, por su arte ó por su amor?

—Son dos cosas tan grandes que me pone usted en una duda horrible; como no son incompatibles, me decidiría por los dos.

—No es posible.
 —Pues ya lo he dicho antes: por mi arte.
 —Señorita, usted no está enamorada; usted no sabe lo que es una pena de amor; de lo contrario, no hablaría así.

Suspiró fingiendo melancolía.
 —¡Que no! ¿Acaso se puede ser buena artista, si no se ha templado el alma con las emociones y el sufrimiento?

Callamos.
 Andando, andando, habíamos llegado hasta la rosaeda. Allí la preguntamos:

—¿Le gustan á usted las flores?
 —Más que los pájaros, y eso que los adoro.

Yo, antes de ahora, debo haber sido...
 —Sí; palomita de las nieves ó cisne.

—Tal vez cisne.
 —¿Cuál es su defecto más saliente?

—Derrochar cuanto tengo.
 —No me refiero al espíritu, quiero decir defecto físico.

—¡Qué sé yo! Muchos. Por lo pronto, quisiera tener la nariz así—se levantó con el dedo la puntita—, porque eso hace muy mono y muy expresivo.

—¿Y los ojos?
 —Más pequeños. ¿No son demasiado grandes?

—¿Tiene mal genio?
 —Sí, señor; me disfruto un genio muy fuerte.

Muchos nervios.
 —Entonces le darán á usted ataques y patalatas.

—¡No, no! Eso no; eso son cursilerías.
 —¿Y celosa? Celosa sí es usted; se le nota en los ojos.

—¿En los ojos?
 —Sí; son desconfiados.

—Pues esta vez se equivoca el psicólogo. Confío demasiado en mí para ser celosa.

—Esa me parece una respuesta vulgar; los celos no se sienten por falta de confianza en nosotros, sino porque desconfiamos de lo que consideramos como nuestro.

—Pues si viera usted que yo no sé lo que es eso. ¿Y usted?

—Yo sí. ¿Cuál es su vicio?
 —¿Aparte del teatro?

—Claro.
 —Tengo el vicio de amar demasiado á la persona que amo.

—¿Ha tenido usted muchos novios?
 —Sí, muchos; hasta que consiguieron hastiarme.

Y ríe vanidosilla y triunfadora.
 —¿Cuál es la emoción más tangible que experimenta usted en escena?

Vaciló sin saber. Después...
 —No sé.

—¿Miedo?
 —No; el miedo me acomete un momento antes de salir. Después me siento plenamente el personaje que represento, y yo creo que paso por todas sus emociones.

—¿Cuál es la artista de su género que más le gusta?
 —A la Pino no la he visto. María Guerrero, aunque jamás se lo he dicho, me gusta muchísimo. Sin embargo, nunca se me ocurrió imitarla, defecto del que no pudieron substraerse sus discípulas. Yo cuido mucho mi personalidad; mala ó buena, quiero ser siempre yo: original, personal é intransferible.

—¿Cuál es la obra que hace usted con más gusto?
 —Todas; pero sobre todas, *La muchacha que todo lo tiene*.

—Claro; como que ha sido un éxito personalísimo de usted.

—Tal vez porque sentí mucho el papel.
 —¿Qué es lo que más la inquieta de la vida?

—¡No quiero ni pensarlo! ¡La vejez! No me recuerde usted que voy á ser vieja; prefiero morir. Me hago la ilusión de que siempre estaré joven.

Y dejó caer los párpados con ensueño sobre sus bellas pupilas celestes.

Esta es la señorita feliz que todo lo tiene.

EL CABALLERO AUDAZ



Irene López Heredia en la rosaeda del Retiro

FOTS. CAMPÚA

"COMINO"

La discreta semiobscuridad de la estancia humilde de la preserva del abrasador hálito de la hora de bochorno; sobre la pared proyectaba la persiana de cadenilla las sombras de trazos paralelos, por entre los cuales parecían mariposar las proyectadas por el ramaje de los manzanos, moviéndose y esfumándose en confuso hormigüeo. De vez en cuando un insecto penetraba y lanzaba su bordoneo sobre las sillas de Vitoria, la mesa cubierta de apuntes y el estante repleto de libracos y salía otra vez al huerto florido, como asustado del adusto silencio, de la austera impasibilidad de la habitación, pobre y refrigerada como una celda. Luego, no se escuchaba sino el débil y torpe rasgueo de la pluma del viejo maestro, al deslizarse sobre el papel.

Dos golpecitos, dados con timidez sobre la puerta, hicieron al preceptor alzar la nevada cabeza. Luego dijo:—Adelante—con el acento bondadoso y pausado de quien ha hablado mucho con niños y con pájaros. Abrióse la puerta y mostróse en el dintel la figurilla desmedrada de la anciana sirvienta, única compañera del pedagogo.

—¿Qué quieres, Rosalía?—preguntó, sin dejar de escribir.

Pareció titubear la sirvienta; al fin, decidióse a dar la respuesta.

—No puede imaginarse el señor quién pide permiso para hablarle.

—¿Es un hombre ó una mujer?

—Una mujer.

—Bueno; pues di quién es y saldré de dudas.

—Pues es... la *Bolichera*.

Púsose el viejo en pie, como impulsado por un resorte. Era alto, enjuto, y la indignación le hizo erguirse con altivez hierática. Sus ojos relampagueaban, temblaba su mentón; sus puños se cerraban en crispación nerviosa sobre el tablero de la mesa-escritorio.

—¡No quiero verla! ¡Que se marche!—rugió.

—Ya lo presumía la pobre—replicó Rosalía—. Yo la advertí, además, que no la recibiría el señor; pero ella me dijo que aunque la echasen á patadas, aunque la arrastrasen, no se iría sin entrar aquí.

Pasó el viejo la mano por la frente, cerró los ojos; dejó pasar por su cerebro un mundo de recuerdos. Luego, se sentó, y, abismando el rostro en las manos, exclamó resignado:

—Que pase.

Hubo un minuto de silencio, al cabo del cual entró en la estancia la importuna. Era una mujer cuarentona, paupérrima, ajada por la privación y los sufrimientos. Quedó junto al dintel, baja la cabeza mal pergeñada, retorciendo con sus flácidos dedos la punta del delantal.

—¿Qué quieres?—la increpó el pedagogo.

—¿Qué pretexto te autoriza para venir aquí?

—Don Santiago—balbuceó temblorosa la cam-



pesina—: yo sé muy bien lo que usted ha sufrido por nosotros. Pero...

—Pero ¿qué?—interrumpió en el colmo de la impaciencia el viejo.

—Pero tengo un hijo, un rapaz de siete años, que necesita quien le enseñe, que pide venir á la escuela: un inocente que de nada tiene la culpa...

—¡Arpia!—clamó el profesor—. ¿Te atreves á pedirme que eduque á tu crío, cuando tu hombre asesinó á mi hijo, á mi único hijo, al pedazo de mi corazón, que era mi consuelo y mi sola esperanza? Vete; echa al monte á ese lobezno; que yo no lo vea, para no despedazarlo con mis manos y arrojarte sus restos á la cara como un testimonio de mi desesperación.

—Señor—sollozó aturdida la *Bolichera*—, es verdad que mi marido mató en riña al pobre Rafael, que, sin agraviarlo, fué... como casi todos los hijos de los hombres demasiado buenos; pero mi marido fué sentenciado y cumple la pena, se pudre en presidio, y yo he quedado sola, desamparada, con el chiquitín. Usted ha dicho muchas veces que la enseñanza no se niega á nadie, por malo que sea, por culpas que haya cometido...

Levantóse de nuevo el maestro; extendió su brazo nervioso, señalando la puerta, y con acento imperioso rugió:

—¡Quítate de mi vista!

Fué tan decisivo, tan irrevocable el mandato, que la *Bolichera* salió.

Don Santiago, tambaleante, febril, se dirigió á una de las paredes, descolgó un retrato y lo besó frenéticamente.

—¡Hijo mío!—exclamó—. No habrá perdón para tus asesinos. ¡Las culpas de los padres serán visitadas en los hijos hasta la quinta generación!

ooo

¡Qué alegre, qué oreado, qué perfumado por los aromas rústicos, el campo fronterero á la escuela! Nogales copudos y robles centenarios le prestaban su sombra, y el césped jugoso le servía de tapiz, esmaltado de crisantemas y de margaritas silvestres.

Los días de sol, la escuela era aquello, y allí jugaban y correteaban los niños, y allí don Santiago los atendía, los cuidaba, los adoctrinaba con la solicitud de una madre.

Aquella mañana acababa el maestro de repartir el desayuno, cuando, alejado de los grupos, en pie junto á un árbol, vió á un niño descalzo, malcubiertas las carnes con un pantalón sostenido por un solo tirante, la cabeza rapada y los ojos muy abiertos por la sorpresa y la timidez, como si tuviera, á un tiempo, deseo y temor de acercarse.

A don Santiago le dió el corazón un vuelco.

—Ese—se dijo—es el hijo del asesino.

Fingió no haberle visto. A la tarde, el niño volvió y el maestro le demostró indiferencia

idéntica. Igual ocurrió durante ocho días. Al noveno, le asaltó el deseo de conocer al rapaz, tal vez para sentir el dolor de recrearse en su propia tortura. Habló á uno de los discípulos y le encargó que llamara al hijo de la *Bolichera*.

El discípulo miró al pequeñuelo, agitó un brazo en alto y gritó fuerte y vigorosamente:

—¡Comino, ven!

El chicuelo se acercó ronco, lenta y pausadamente, como si, desterrado de todas las dichas de la vida, temiera ser arrojado de aquel apenas entrevisto paraíso infantil. El maestro, pálido, casi desvanecido, lo vió avanzar. Por fin cerró los ojos, hasta que la palpación de su pecho le anunció que el hijo del malvado estaba en su presencia.

Lo miró; su frente se espaciaba en gentil despejo; sus facciones eran regulares y armónicas; fulgía en sus ojos azules un destello noble. ¡Parecía mentira! ¡También las fieras engendran bellezas! ¡También era hermoso Luzbel!

—¿Te llamas Comino?—preguntó don Santiago, sin saber qué otra cosa decir.

—No, señor—contestó el hijo de la *Bolichera*—. Me llamo Angel Garray, para servir á Dios y á usted; pero éstos—siguió sonriendo y mirando maliciosamente al corro de niños, mientras columpiaba su cuerpecillo de derecha á izquier-

da—me llaman *Comino* porque soy pequeño, y, como el mote es bonito, no me enfado cuando lo oigo.

El maestro parecía más pálido que nunca; en su pecho luchaba la compasión tierna con el deseo de venganza.

—Y ¿qué quieres?—interrogó al pequeño—, ¿Aprender á leer?

—Leer ya sé—contestó *Comino*—, y también escribir, y sumar, y restar, y dibujar burritos, y ovejas, y saltamontes.

Una risa general coreó la voz de *Comino*.
—¿Y quién te ha enseñado todo eso?—preguntó interesado de veras el maestro.

—Yo solo. Con la luz natural.
—¿Cuántos años tienes?
—Siete.

—Bueno—pronunció muy triste y muy abatido el preceptor—. Desde mañana puedes venir aquí y también entrarás en la escuela. Yo te daré cuadernos y lápices, y desayuno y merienda, como á los demás. Toma, y compra una blusa negra. Pero nunca te pongas delante de mí, sino á un ladito. ¿Sabes?

ooo

Comino era listo como él solo y muy querido de todos los compañeros; ninguno hizo jamás la menor alusión á su padre preso, ni el apodo, ya infamado, del *Bolichero* se oyó ni por casualidad. *Comino* aquí, *Comino* allá. Llegó á ser el alma de la escuela. A poco más del año, cuando algún alumno olvidaba algo que era preciso retener en la memoria, no faltaba un chico que gritase en seguida:

—Que lo diga *Comino*.

Y *Comino* lo decía. ¡Ya lo creo que lo decía! Serio, con una gravedad casi cómica, impropia de sus años. Se veía que ponía el alma entera en lo que leía y lo que se hablaba. El profesor acabó por seguir el ejemplo de los niños, y cuando ya nadie daba pie con bola, murmuraba muy serio, suspirando:

—Que lo diga *Comino*.

Un día ocurrió un hecho extraordinario: durante la noche anterior, el viento arrojó á la copa de un árbol un pedazo de tela, resto de alguna prenda usada y desechada por algún campesino, y el trapo se enredó en las ramas, de tal guisa, que dejó envuelto y tapado un nido de jilguero. Los padres lucharon en vano por arrancar el obstáculo que les separaba de sus crías, y durante todo un día hicieron esfuerzos desesperados por conseguirlo, lanzando chillidos de airada protesta y picoteando, sin éxito, aquí y acullá. De pronto, *Comino* se encaramó al árbol, trepó á lo más alto, con exposición de caer-

se; arrancó la tela, enderezó el nido y bajó sonriente, con cara, manos y pies ensangrentados, diciendo gozoso:

—Para que los hijos vean á sus padres y los padres encuentren á sus hijos.

Don Santiago puso la mano temblorosa sobre la cabecita rapada, y exclamó con profunda tristeza:

—*Comino*, ¡tú eres bueno!

Sentía al decirlo remordimiento, como si le reprendiera por ello la sombra de su único, de su amado hijo, sacrificado por el execrable criminal. Hubiera querido que el rapaz fuera malo.

Comino acabó por hacerse necesario. Se aburría solo; no tenía familia. *Comino* le ordenaba sus apuntes, le limpiaba la habitación, echaba tinta en el tintero, bajaba y subía las persianas, tomaba la lección á los torpes. Rara vez dejaba de ceder su merienda á algún niño pobre como él. Una vez cayó malo el maestro y *Comino* no se separó en tres días de su cabecera.

Sentía nacer en su corazón por el niño un amor paternal. Y se lo reprochaba á sí mismo como un nefando crimen. El día en que *Comino* cumplió los diez años era la fiesta de Santiago, por feliz coincidencia. *Comino* ayudó á Rosalía á poner la mesa para que hiciera su refección el pedagogo. Había modelado una preciosa copa de arcilla y la colocó en medio del mantel, henchida de flores silvestres.

Sentóse el profesor y el niño se despidió cortés y afable.

—*Comino*—dijo balbuciente y sudoroso el maestro—, quiero que hoy te sientes á la mesa conmigo.

Se arrepintió en seguida de haberlo dicho, pero era tarde. El niño puso en la mesa un plato y se sentó delante. Sin faltar al comedimiento, charló, rió, contó sucedidos y chascarrillos pulcros. Por primera vez, después de muchos años, don Santiago se sintió confortado, casi alegre, satisfecho del bien que hacía, y que era correspondido de modo tan cordial.

—¿Qué harías, *Comino*—preguntó de pronto al rapaz—, si fueras un rey justiciero y tuvieras que premiar las virtudes y castigar los crímenes?

—¡Ja, ja, ja! ¡Yo rey!—saltó el niño.—El problema sería fácil. *Comino* I abdicaría.

—Pero ¿y si no te dejaban?

—Yo—contestó inmediatamente el hijo de la *Bolichera*—perdonaría á todos los vivos para que me bendijeran todos los muertos.

ooo

Comino, cumplidos los doce años, dejó de ir á la escuela; su madre adolecía muy enferma; durante muchos días, fué por la mañana á reem-

plazarla en el único trabajo con que se sustentaba: á amasar para cocer en un horno; pero el niño era muy pequeño y para él el trabajo suponía un esfuerzo aniquilador. Luego, pasaba las tardes y las noches á la cabecera de la enferma. Una carta vino á aumentar su abatimiento. Su padre había muerto en Santoña y se lo notificaba oficialmente el jefe del penal. Ocultó la noticia á la madre y siguió cuidándola. Todos los días, don Santiago llegaba hasta la puerta y se informaba de la marcha de la dolencia; pero sin entrar en la choza, que juzgaba maldita. Por fin, la *Bolichera* murió y *Comino* la amortajó y la acompañó al cementerio.

Todos los niños fueron en el cortejo. Don Santiago se limitó á seguirlo muy alejado de él, como una sombra, como un dolorido espectro.

Y, al fin, una tarde, cuando don Santiago escribía sus temas, se abrió la puerta y el niño apareció.

—¡Oh, Rafaelito!—gimió el maestro acariciando su cabecita inteligente—. ¡Oh, querido niño! ¿Qué va á ser de tí?

—No sé—murmuró *Comino* muy triste—. Trabajaré; iré al campo; me ganaré la vida honradamente; sentaré plaza; emigraré á América...

Caía el crepúsculo; temblaron las campanadas de las oraciones; una sombra melancólica invadió la habitación. La mesa, recién puesta, eclipsaba su nitidez; pero esta vez no había flores sobre el mantel, sino un ejemplar de los *Evangelios*.

Don Santiago lo tomó en sus manos y, acercándose á la ventana, adivinó más que leyó:

«Cualquiera, pues, que se humillare como este niño, ese será el mayor en el reino de los cielos.»

«Y el que acogiere á un niño en nombre mío, á mí me acoge.»

Comino enjugóse las lágrimas con el extremo de la blusa y dijo sollozante:

—Adiós, don Santiago. ¡Ya no volveremos á vernos!

—¡No!—clamó ya fuera de sí el preceptor—. Tú no te vas; tú te quedas conmigo; tú serás el consuelo de mi vejez y, cuando me muera, me amortajarás, como amortajaste á tu madre.

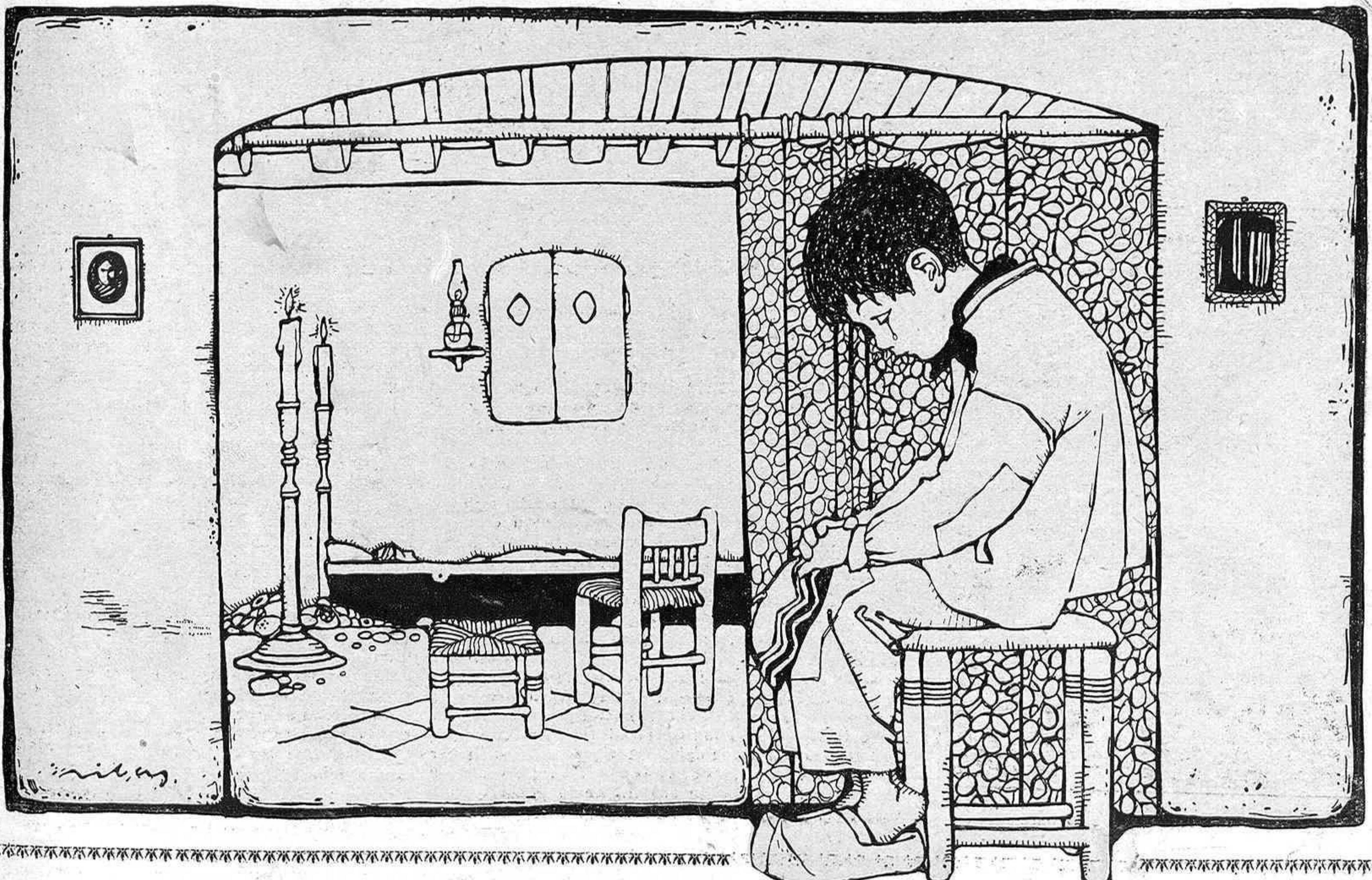
El niño se arrojó á sus brazos y lloró.

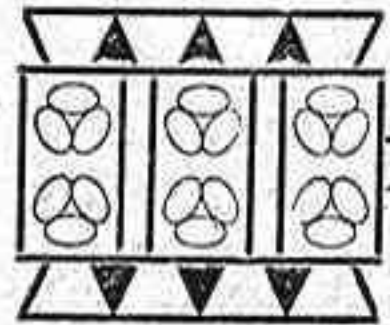
Luego, el maestro hizo sentar frente á sí al amado discípulo, y murmuró con voz trémula, casi imperceptible:

—¡Diente por diente! ¡Hijo por hijo!
Rosalía entró y encendió la luz.

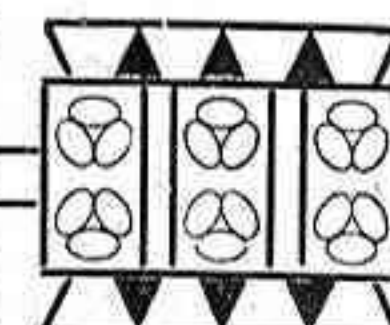
ANTONIO ZOZAYA

DIBUJOS DE RIBAS





EL NUEVO PALACIO DE COMUNICACIONES TRES DIRECTORES GENERALES



YA está inaugurado el nuevo Palacio de Comunicaciones. Durante diez años, su monumental traza, su caprichoso conjunto de estilos arquitectónicos, su silueta erizada de innumerables cresterías, ha ido acusándose y precisando exteriormente, pero conservando su enigma interior. Como en un pozo insondable se iban vertiendo millones de pesetas en su construcción y cada vez parecía más lejano el término. De cuando en cuando, la curiosidad periodística asomaba por entre los patios y galerías inconclusos para revelar el estado de las obras en fotografías y artículos; de vez en vez corrían noticias alarmantes sobre el probable destino del Palacio, arrebatado á los servicios para los cuales se concibió y empezó á construir.

Y, mientras tanto, en el ruinoso, infecto y angosto caserón de la calle Carretas, los empleados de Correos realizaban una labor titanésca é incomprendida. Su esfuerzo cotidiano, sus energías renovadas cada mañana, agotadas cada noche y mal recompensadas siempre, iban renovando, ampliando, europeizando el servicio, como un milagro de la voluntad frente á la sordera y ceguera de los Poderes públicos, en medio de una atmósfera mefítica, entre escombros y sombras, desprovistos del material necesario, del reposo imprescindible, como si en vez de ser empleados del Estado fueran esclavos, á quienes se hacina en ergástulas...

Si alguna vez se añaden los capítulos que faltan á la historia del Correo español, no será el menos importante ni el menos vergonzoso para España el que se refiera á «la gesta postal de los diez años». Esa gesta donde un puñado de hombres humildes ha demostrado más fecundo heroísmo que el destructor de los campos de batalla; ese conjunto de hazañas que iban realizando, con los ojos puestos en la lenta construcción de su Palacio, como los hombres de otros siglos contemplaban el alzamiento de las basílicas: con las pupilas extáticas de ingenua fe y los cuerpos encorvados por el trabajo.

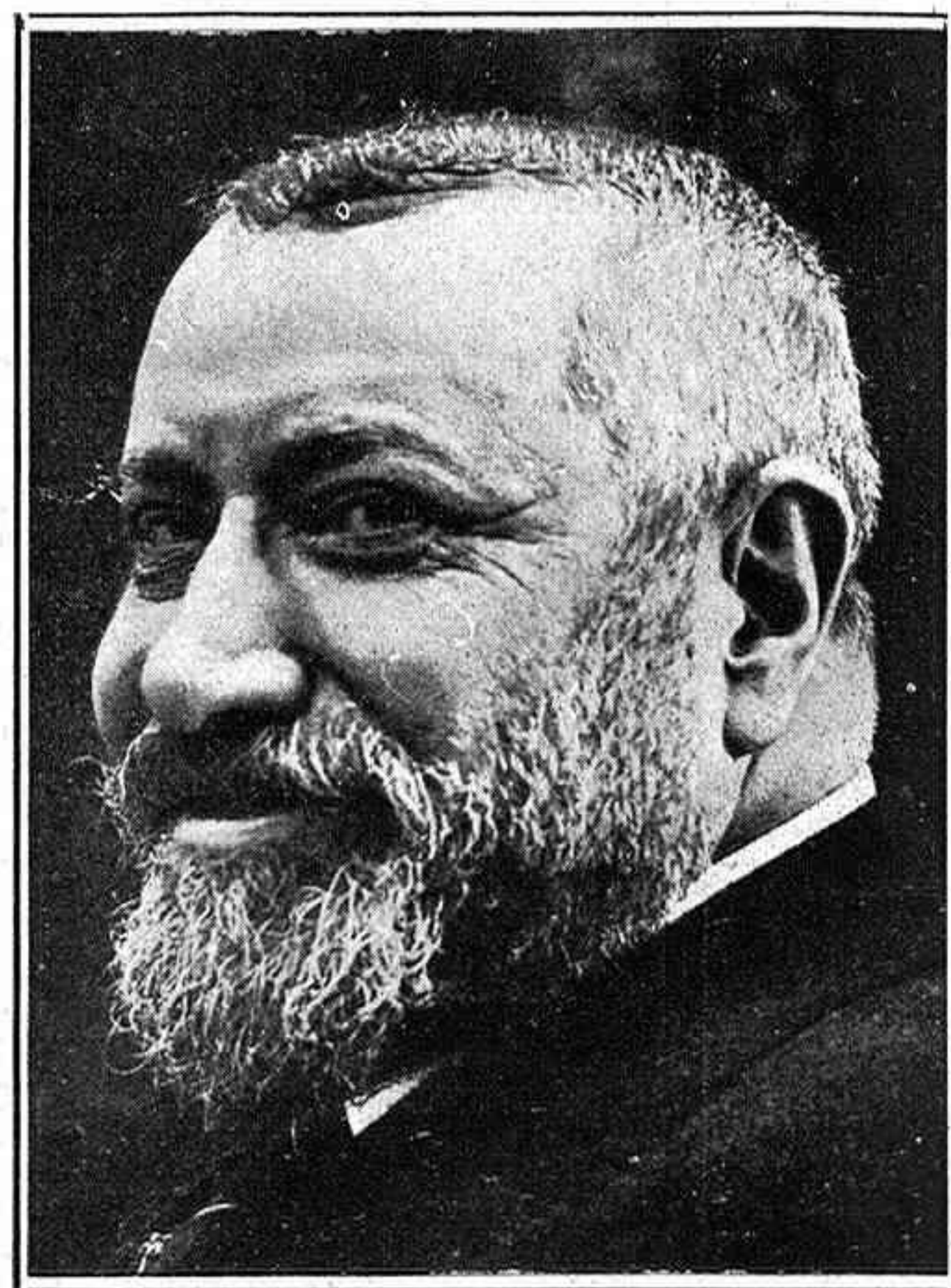
En esos diez años de vida postal ¡cuántas reformas beneficiosas para el público, cuántos nuevos servicios implantados, cuántos saneados aumentos de los ingresos del Tesoro público y cuántas amarguras y abnegaciones silenciosas de los reclusos en las viejas y exiguas casas de Correos de toda España, de los que recorren las rutas nacionales trabajando doce, quince, á veces veinte horas seguidas, de los que manejan la fortuna y el pensamiento de todos los españoles!

Y no será el menos interesante tampoco de los capítulos adicionales á la historia

del Correo, la noble y justa rebeldía del mes de Marzo de 1918 frente al egolátrico despotismo de un ministro retrasado varios siglos en su ideología gubernamental. No vacilaron un instante los empleados postales y telegráficos en servir á su Patria hasta el definitivo sacrificio. Dispuestos se mostraron á perder la carrera antes que consentir la humillación que pretendían imponerles—¡después de tantas!—un ministro y un director general funestamente equivocados.

Hoy todo esto parece un mal sueño disipado con la pesadilla trágica del mundo. Los funcionarios de Correos y Telégrafos entran, al fin, en la claridad amplia de su nueva residencia, como los creyentes de ayer en las naves recién terminadas de los pretéritos templos. Durante el día bulle por el *hall*, resplandeciente de mármoles, bronce y cristales, muchedumbre de gentes. Durante la noche es un faro enorme el Palacio, con sus millares de luminarias detrás de los rasgados ventanales.

Parece que se ha cumplido un cuento feérico: el de aquel leñadorcito, por ejemplo, que después de una existencia misérrima y aureolada por la bondad, luego de vencer al mal dragón



D. JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ

La actividad febril, la férrea voluntad del actual director de Comunicaciones han obtenido el resultado admirable que deseaban los funcionarios y el público desde hace tanto tiempo.

Sentirá el Sr. Navarro Reverter el legítimo orgullo de ser él quien ha inaugurado el nuevo palacio y de que las corporaciones postal y telegráfica le hayan secundado de un modo tan eficaz y abnegado.

Sentirán también una romántica alegría otros dos ilustres políticos que le precedieron en el cargo, y á quienes la suerte no consintió esta misma satisfacción: los Sres. Ortuño y Francos Rodríguez. Pero sería injusto olvidarles en los momentos del éxito definitivo de una empresa donde pusieron fe, conocimiento y voluntad.

Don Emilio Ortuño es el autor del famoso plan de reformas del servicio de Correos, el que concibió el vasto desarrollo de los servicios postales y el que dió el primer impulso á la construcción del palacio de Comunicaciones. Su nombre es pronunciado siempre con respeto y gratitud, y su retrato figura en todas las oficinas de Correos de España.

A Francos Rodríguez se debe la implantación de la Caja Postal de Ahorros. Fué él quien, hace tres años, inauguró parcialmente el nuevo edificio con este servicio importantísimo y de tan profunda trascendencia en la vida nacional. En torno á aquel acto Francos Rodríguez publicó un libro, escribió centenares de artículos, repartió un folleto de propaganda. Su pluma excelente de escritor no descansó en su mesa directorial.

De aquí su romántica alegría cuando ven cómo Navarro Reverter da digno remate con su juventud inteligente, con su noble audacia, con su actividad bien orientada, á la obra de ambos.

Y el Cuerpo de Correos, que ve en su actual director como un símbolo de sus energías y de sus ilusiones eternamente moceriles, ha sentido, además, en el día 22 de Diciembre, una profunda melancolía evocando la figura de D. Manuel de Vicente y Tutor.

Fué el colaborador técnico de todos los directores generales que se han sucedido en el Cuerpo de Correos. Su nombre tenía para el Cuerpo de Correos el prestigio de un lábaro y la eficacia de un talismán. Era realmente el Tutor de aquellos centenares de hombres que realizaron la maravilla de engrandecer el Correo español desde el fondo de una guarida inmundada.

Y sin él, que entregó generoso la vida, tal vez esta victoria que hoy celebramos habría tardado mucho tiempo aún...

José FRANCÉS

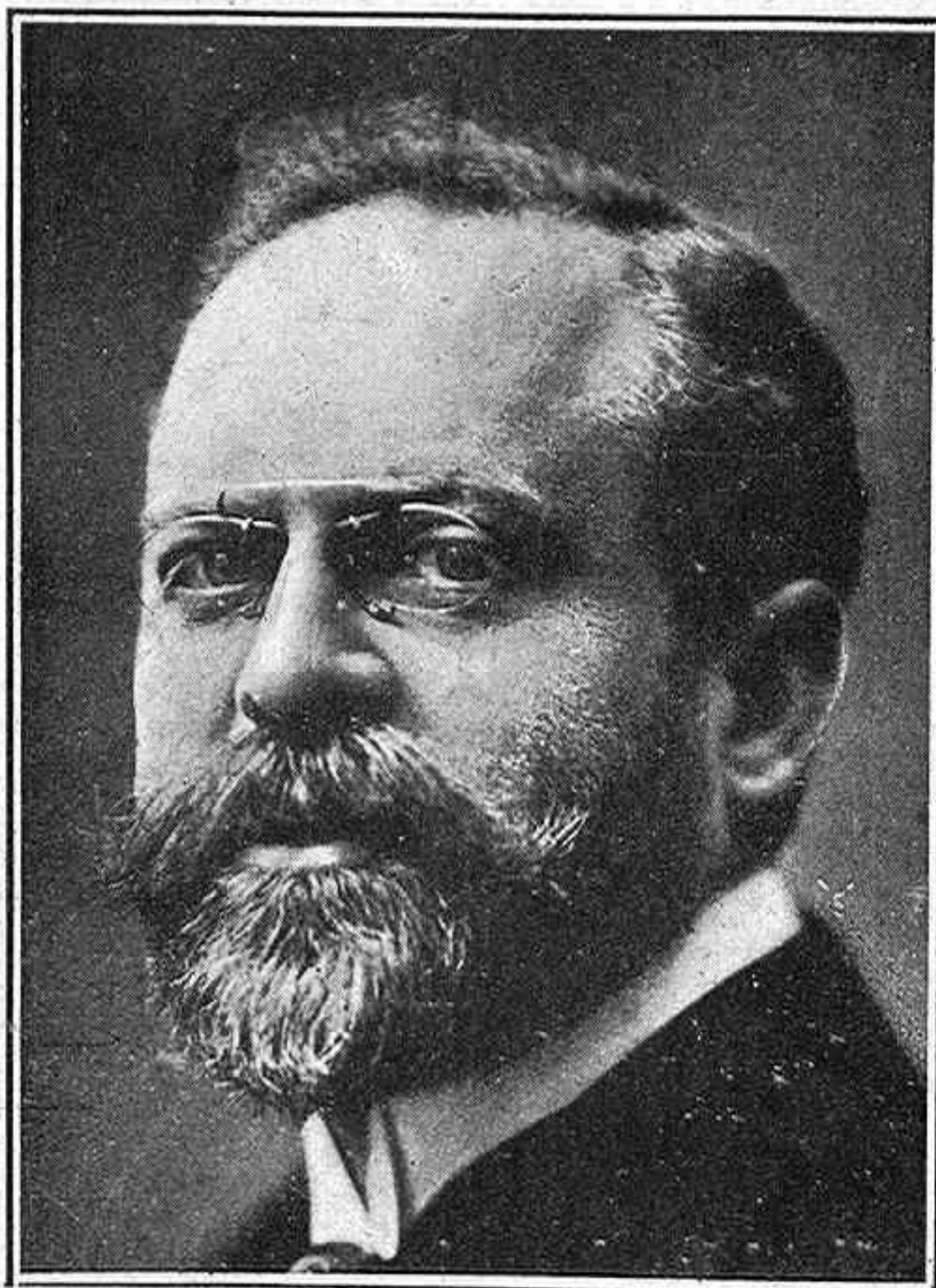


D. JUAN NAVARRO REVERTER Y GOMIS

que pretendió devorarlo, llega al palacio encantado de la princesita, con la cual se desposa, y comienzan para él los años dilatados, felices, que sabe hacer fructíferos para los demás.

Claro es que no se ha realizado todo esto como en los cuentos brujos, por la intervención sobrenatural de hadas y genios. El hecho del traslado actual de los servicios se debe á don Juan Navarro Reverter y Gomis, que ahora rige—con notoria satisfacción por parte del personal—los destinos de Correos y Telégrafos.

Rápidamente, con una rapidez que no parecía posible después de tantas dilaciones, aplazamientos—y, sobre todo, del aparente atraso del local que habría intimidado á otro menos joven y entusiasta que Navarro Reverter—se ha cumplido la mudanza en un solo día. En la tarde del domingo 22 de Diciembre estuvieron abiertas al público todas las oficinas en el vetusto y nauseabundo caserón de la calle de Carretas. En la mañana del día 23, las mismas oficinas aparecían abiertas en el flamante palacio de la plaza de Castelar. El servicio no ha sufrido interrupción.



D. EMILIO ORTUÑO

LA ESFERA

MADRID MONUMENTAL



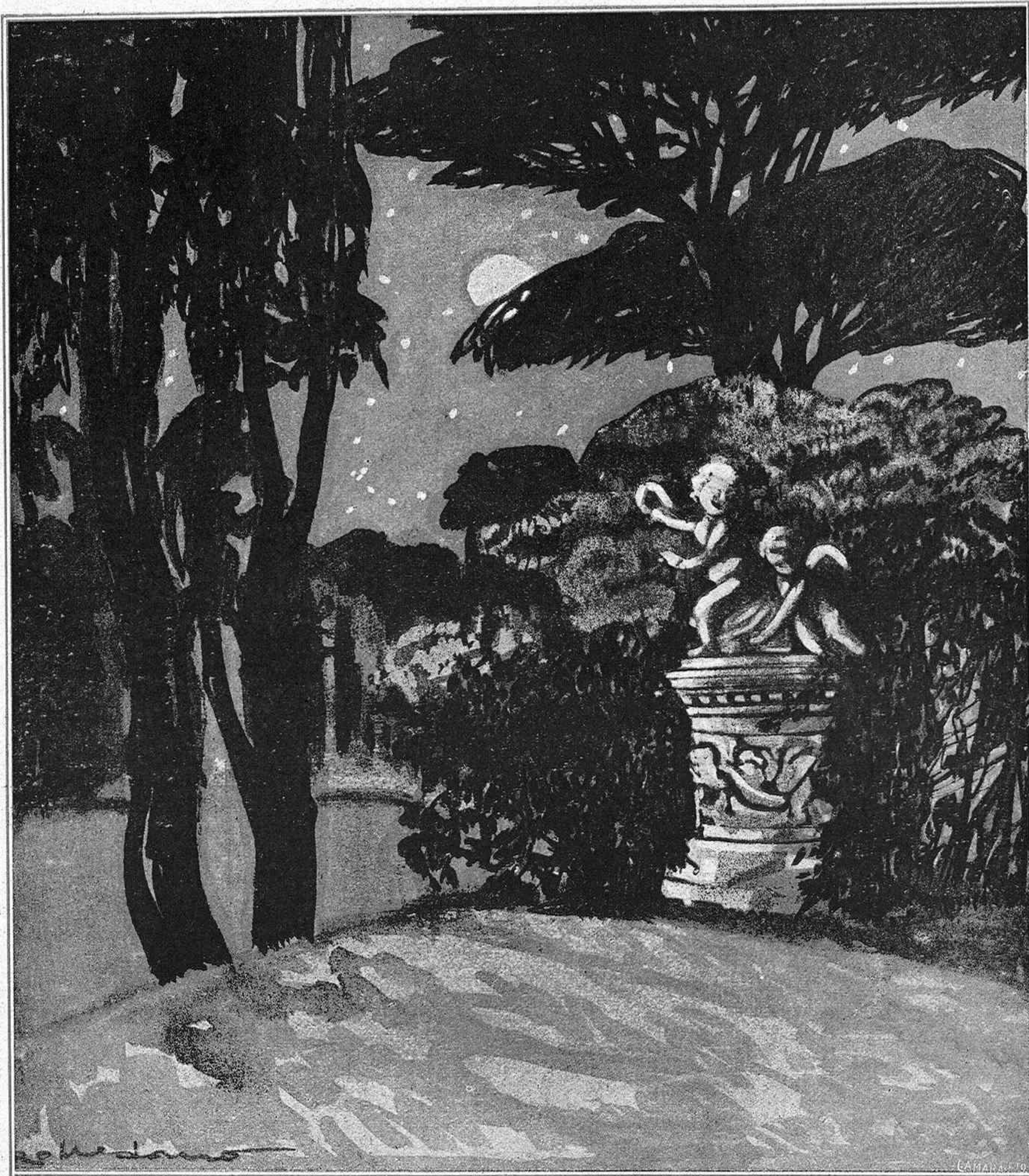
BIBLIOTECA
MADRID

CÁMARA-FOTO

El nuevo palacio de Comunicaciones, visto desde el edificio del Banco Español del Río de la Plata

FOT. CAMPÚA

LA INFANTINA ENFERMA DE AMOR



Tiembla el alma del jardín.
En la noche de cristal
se abrió como un gran jazmín
la Luna sentimental,

y al encanto de la Luna,
la fronda, silente y grata,
se va impregnando de una
melancolía de plata.

Junto á una fuente perlina
hay leves poces de sedas;
es que la bella Infantina
vaga por las alamedas.

¡Oh, la Infantina, que en tul
azul se esconde gentil
y es lírica y es azul
como un romance de Abril!

La Luna, llevó á su estancia
la magia de su fanal
y llena de la fragancia
de la floresta nupcial,

puso la Infantina á un lloro
de amor, en el clave, fin,
y por la escalera de oro
descendió, lenta, al jardín.

Los astros, en sus mejillas,
prendieron tonos de pesa;
de un lago hacia las orillas,
nadan cisnes para verla,

y un Silfo, saliendo ansioso
de entre la fronda esmeralda,
la saluda y, silencioso,
besa el borde de su falda.

¿En qué piensa la Infantina?
¿Qué súbito afán la hirió?

¿A qué ilusión diamantina
su corazón floreció?

En su pecho, Amor acaso
clavó una flecha traidora;
¡que á veces detiene el paso
y exhala un suspiro y llora!

Tiembla el alma del jardín.
En la noche de cristal
se abrió como un gran jazmín
la Luna sentimental,

y al encanto de la Luna,
la fronda, silente y grata,
se va impregnando de una
melancolía de plata.

Ramón DÍAZ MIRETE

DIBUJO DE ROBLADANO

LOS REYES QUE SIEMPRE REINARÁN



EN esta hora de purificación universal, en este momento en que los hermanos latinos y los hermanos sajones han cesado de destrozarse como fieras al mágico conjuro de la voz deífica que dice: «amaos los unos á los otros», pasan como sombras de misterio; como nuncio de ilusiones infantiles, las siluetas vagas é imprecisas de los tres reyes que siempre reinarán... Los ojos inquirientes de los niños los ven desfilar envueltos en las frías tinieblas de la noche, como las quiméricas cabalgatas que los poetas pergeñaron en los ingenuos cuentos de hadas.

Duermen sonrientes é ilusionados... Un ángel amigo guía sus miradas hacia el cielo, para que aprendan á ver la luz de Dios, que brilla en una estrella, palpitante como un corazón iluminado. En su fantasía, los tiernos infantes oyen preciso el rumor sigiloso de la regia caravana, pletórica de presentes para alegrar los días dulces de los niños buenos... Ven el rostro venerable de Gaspar, con sus luengas barbas de plata y sus carnes temblorosas, erguido en su juvenil vejez

sobre la mole lenta y perezosa del dromedario, rubio y brillante como una montaña de oro. El es quien sabe de los niños buenos y los niños malos.

Marcha tras él Baltasar, con su semblante negro de etíope, chorreado de azulosa y aguda barba, portador de las tiernas misivas que al amanecer leerán las buenas madres á sus hijos, y que éstos escuchan atónitos y sorprendidos de ver que para los Reyes Magos no existe el secreto de sus diabluras.

Y en pos de ambos camina Melchor, que todos los años abandona sus tierras de Oriente para traer sobre sus mil camellos los mejores juguetes y golosinas que encontró en su reino. Melchor es el más joven y por eso tal vez el más amplio de espíritu para interceder en favor de los niños malos...

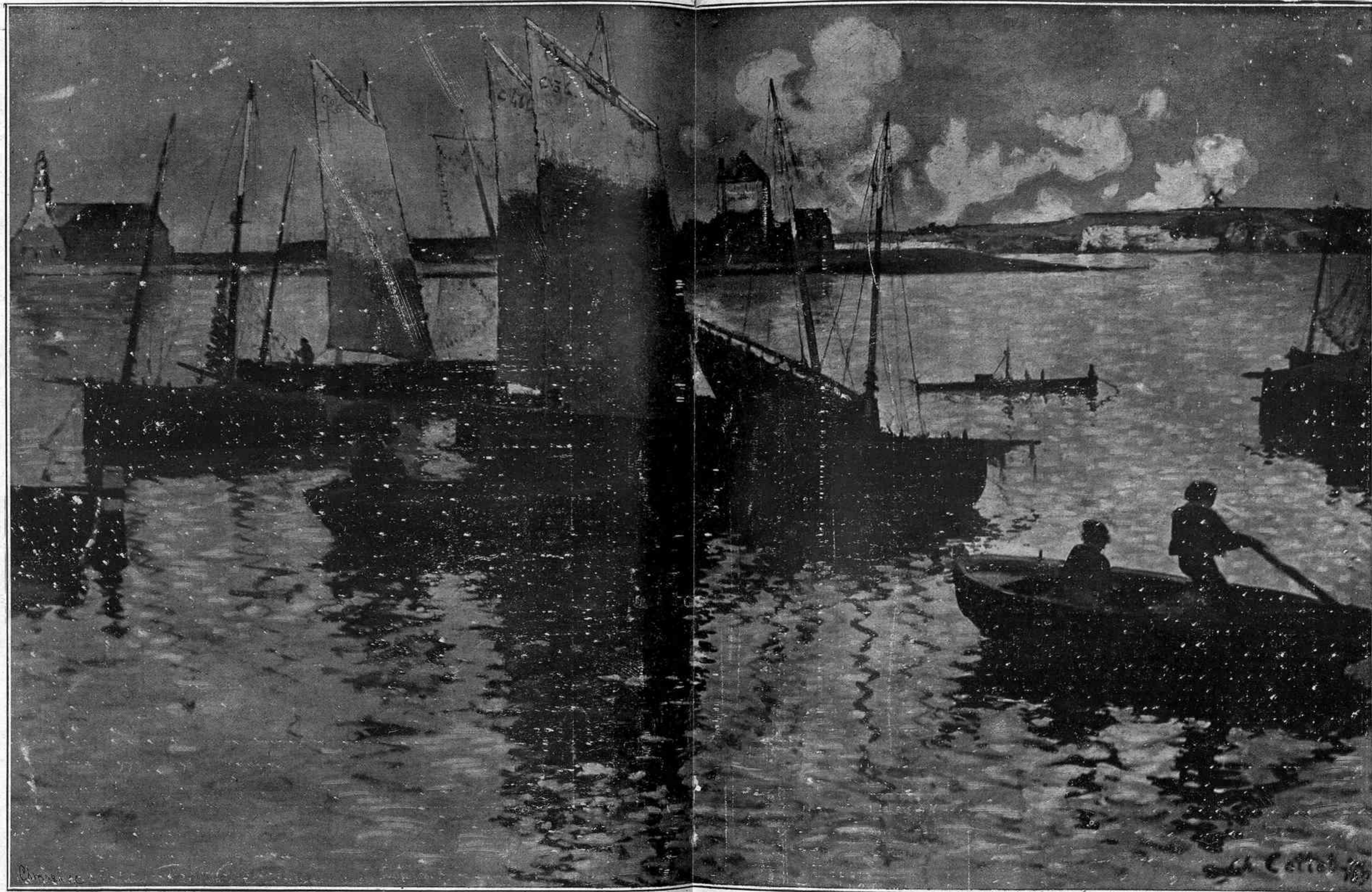
Bajo el áureo turbante, el rostro redondo de Melchor es el rostro recio del varón noble. Melchor va dejando dentro de los diminutos zapatitos, que esperan como manos implorantes bajo

el hielo de la noche, las regias preseas. Para Juanito, que fué dócil y estudioso, traen el ansiado traje de guerrero, con su teresiana, su cinturón charolado y su sable diminuto; desde el día siguiente Juanito será un bizarro y marcial comandante que dejará sentir su bélico y ruidoso ardor por toda la casa. Para Fernandita, tan dulce y plañidera, trae Baltasar una gigantesca muñeca, que, precozmente, despertará en ella el instinto maternal...

Para el pobre desheredado que deja volar su fantasía acurrucado en el quicio de una puerta, nada trajeron los Reyes Magos...

Se aniquilarán fratricidamente las naciones, estremecerá el cielo el odio de los hombres, se derrumbarán los imperios al peso de su ambición y acaso todos los reinos del mundo desaparecerán... Sólo estos generosos Reyes Magos, que caminan lentamente por la tierra sin guerreros, en silencio, guiados por el corazón de Dios, sin salvar ni bélico estruendo, reinarán eternamente en las doradas cabezas infantiles.—J. M. C.

LA MODERNA PINTURA FRANCESA



SOL DE TARDE EN EL PUERTO DE CAMARET, cuadro de Carlos Cottet, que figuró en la Exposición de Pintura Francesa del Retiro

A un reproduciendo el típico puerto bretón, que tantas veces sirvió de inspirador fondo á sus obras amargamente trágicas, no es este lienzo uno de los más característicos de Carlos Cottet. Ni por casualidad acertaron los organizadores de la desdichada Exposición en un solo artista. No nos cansaremos de lamentarlo. Cottet es una de las más justas y resistentes reputaciones de la moderna pintura francesa. Los españoles le debemos páginas de portentoso realismo y de una comprensión profunda. Nuestras viejas ciudades le han inspirado muchas veces cuadros de un generoso ardor y de una visión subjetiva muy elocuente. Bucea más hondo que Luciano Simón en los aspectos sombríos y fatalizados por la obsesión del cielo y sacrificados por la obsesión del mar. Su naturalismo es casi feroz de tan recio, de tan implacable. Nació en el Puy (Loira Alta) el 21 de Julio de 1863, siendo su padre juez de paz en aquel punto. Sus primeros maestros, consejeros más bien, fueron Puvis de Chavannes y Roll, pero pronto le alejó de toda influencia directa su espíritu de independencia. Desorientado al principio se afilió á los impresionistas y expuso, con Mauricio Denis y Tuillard, en el Saloncito de la calle Lepelletier. Sin embargo, sus primeros paisajes recuerdan á los de Lepin por la tozudez analítica que muestran. Expone en el Salón por primera vez el año 1889. Ha encontrado su ruta y su escenario definitivo. Ya vive en Camaret, en el corazón de la brava Bretaña. Tres años después, en la Sociedad Nacional, presenta este mismo cuadro *Sol de tarde*, que

adquirió el Estado y que se conserva en el Luxemburgo. A partir de esa fecha, y con residencia fija en Bretaña, recorre Egipto y diversas naciones europeas. España le inquieta y le subyuga preferentemente: Avila, Segovia, Salamanca, fueron «descubiertas» por él antes que por los modernos pintores españoles. En 1895 expone su *Entierro en Bretaña* que señala de un modo afirmativo la futura tendencia desoladora, angustiosa, de sus obras de asunto marítimo, de esos *Duelos* tan profundamente conmovedores y humanos. Mezcla el ardor generoso de su alma á los espectáculos rudos y ásperos que contempla cotidianamente. El año 1898 presenta una de las obras que habían de ser más famosas: el tríptico *Au pays de la mer*. El «panó» central se titula *La comida de adiós*, y sus dos laterales *Los que se van* y *Los que se quedan*. Diez años después toda la enorme emoción de este tríptico aparece concretada grandiosamente en el cuadro *Dolor*, que es una de las obras maestras de la pintura francesa contemporánea. En 1905 y en 1910 muestra á España en el Salón. Presenta, respectivamente, los cuadros titulados: *Catedral de Avila*, *Catedral de Salamanca*, *Plaza de Segovia*, *Catedral de Segovia*, *Ceremonia religiosa en la catedral de Burgos*, *El puente de Córdoba*, *Sol poniente en Burgos*, etc. Es también un excelente aguafortista. Ha grabado cerca de ochenta planchas originales en negro y en colores. Muchas de ellas reproducción de cuadros suyos: *Avila*, *Pont-en-Royans*, *Puerto de noche*, *Duelo*, *Dolor*, *La despedida*, *Pescadores huyendo de la tempestad*, *Estudios femeninos*.—S. L.

EL AMIGO DE TODOS



Un enfermo tranquilo en el hospital de Westminster



Dos cachorros de leopardo amamantados por una perra



Sometido á tormento ante un Jurado de Exposición canina

I.—LA EPOPEYA

MUCHO antes de comenzar la guerra que ahora termina, habían vivido los perros su epopeya... Una página de esa epopeya la recogí yo. Fué en la cumbre de Sejos, una noche de verano, mientras aguardábamos el alba para una cacería de osos... Dormíamos sobre un montón de hojarasca en una cabaña de pastores, y, á nuestros pies, tendidos al amor de la lumbre que ardía en el hogar, roncaban los mastines del ganado...

Nos despertó un lejano y prolongado lamento... ¡¡¡Auuuuh!!!... Salieron de la cabaña los mastines con furibundo ladrar... Empuñamos los rifles y fuimos tras de los perros.

Era la noche de intensa y húmeda sombra... Se oía, tan sólo, y remoto ya, el latir de los mastines que se reunían con los de las cabañas próximas... Luego se hizo el silencio...

¡¡¡Auuuuh!!!... Otro interminable lamento cada vez más cercano... Súbitamente, brillaron en la obscuridad cien puntos luminosos: ascuas errantes... Hacia ellos apuntamos... Rasgaron la sombra los fognazos y vibraron, secos, los disparos... Al mismo tiempo pasó junto á nosotros una avalancha... Eran los mastines de todas las cabañas, que iban en demente carga de escuadrón... Se alejaron en vértigo, frenéticos, gruñidores, salvajes... Y así se perdieron entre las tinieblas, hacia la linde del bosque, hacia aquellos puntos luminosos que parecían ascuas errantes y que eran las pupilas de los lobos...

Hubo un choque... Una hecatombe... Rabiosos alaridos... Iracundos clamores... Indescriptibles ecos de una lucha encarnizada, inexorable, fantástica...

Se hizo de nuevo el silencio... Encendimos una tea... Hacia la luz fueron acudiendo, uno á uno, ensangrentados y jadeantes, los perros...

Algunos tenían heridas leves: zarpazos, rasguños... Otros arrastraban un miembro inútil, trinchado... El último en llegar se desangraba: tenía el cuello abierto... Rodó á nuestros pies... Agonizó con débiles estertores... Sus ojos, angustiados y suplicantes, se fijaron en los nuestros y se enturbiaron, á la postre... Le sacudió una convulsión y murió...

II.—LAS DELICIAS DE CAPUA

En los tiempos de la paz había en París, según las estadísticas oficiales, que pecan siempre de cortas, ciento setenta y seis mil perros de lujo que pertenecían á otras tantas damas ó á otros tantos caballeros poseedores de más ó menos considerable fortuna...

¡Ciento setenta y seis mil perros que en invierno vestían abrigo y calzaban escar-

pines impermeables; que tenían su puesto reservado en el «auto»; que por su inapetencia y su exquisitez eran la preocupación cotidiana de los *maitres d'hôtel*; que tenían su médico, su peluquero y su sastre, y que, en fin, ostentaban un abolengo mucho más limpio y claro, generalmente, que el de sus propios dueños!...

Ocurría esto en los días en que una parisiense «chic» que paseaba sin llevar un perro diminuto cobijado en el manguito, ó sin llevar á la zaga un perro gigantesco, era una excepción tan rara como la de la mujer elegante que paseaba llevando en brazos ó de la mano á un niño... Y por aquel entonces, la adquisición de un perro constituía, para una mundana, un problema mucho más difícil de resolver que el de la elección del colegio en que había de educarse un hijo... El hijo iba á dar en una *pensión* cualquiera, buena ó mala: bastaba que fuera cara... En cambio, para la elección del perro ¡cuántas meditaciones y cuántas consultas!... Se improvisaron psicólogos especialistas y se escribieron tratados de estética... En uno de estos tratados se decía: «No ha de olvidarse que en este punto—elección del perro ó compañero—como en toda manifestación aparente del gusto personal, han de subordinarse las exigencias de la moda á las condiciones individuales de quien trate de adoptarla... Es el único medio de evitar el riesgo pavoroso del ridículo... Y así no podremos aconsejar á una dama de extraordinaria corpulencia el que se haga acompañar por un microscópico *Toy-terrier*... Sería el contraste demasiado violento... De igual modo, la persona que tenga los pómulos muy abultados, la nariz muy corta y los ojos saltones no debe elegir como compañero de paseo un *Bull-dog*, si no quiere que los maliciosos atribuyan al animal la viviente caricatura de su dueña... Para las muchachas y para las mujeres jóvenes, el *perro ideal* es el *Fox-terrier*, ágil,

alegre y fiel... Por lo contrario, el *Aberdeen-terrier* y el *Highland-terrier* son perros lentos, graves, del todo indicados para damas de cierta edad... El perro mundano, por excelencia, es el *Lulú de Pomerania*... El *Grifón de Bruselas* es el perro filósofo, grande amigo para las mujeres discretas y reflexivas...»

Tales eran las encantadoras disquisiciones á que se entregaban los *fins sprits*, allá por Abril y Mayo de 1914... Con aquellos días llegaba á su término la edad de oro de las cocotas, de los príncipes y de los perros, y comenzaba el rudo imperio de la barbarie, enemiga de toda aristocracia y de toda frivolidad...

III.—LOS TIEMPOS DIFÍCILES

Para «Flirt», para «Black» y para «Miette» se acabó todo al comenzar esa cosa absurda que los hombres llaman «la guerra»... Se acabó el abrigo de invierno; se acabaron los escarpines impermeables de los días de lluvia; se acabó el «auto»; se acabaron los succulentos *menús*, obras maestras del *maitre d'hôtel*... y dió principio la bohemia triste de los *déclassés*...

La vida cara impuso economías á los humildes y á los poderosos; las porteras renunciaron á sus canarios tradicionales y las damas renunciaron á sus perros de lujo...

Hambre, frío y, por último, esclavitud; ¡triste destino el de los abandonados! Un mal día los recogió un soldado... Fueron á dar en las trincheras... Aprendieron á llevar mensajes; á tirar de un carrito de municiones; á velar como centinelas; á soportar la careta para librarse de los gases asfixiantes; y, en fin, aprendieron, también, á morir...

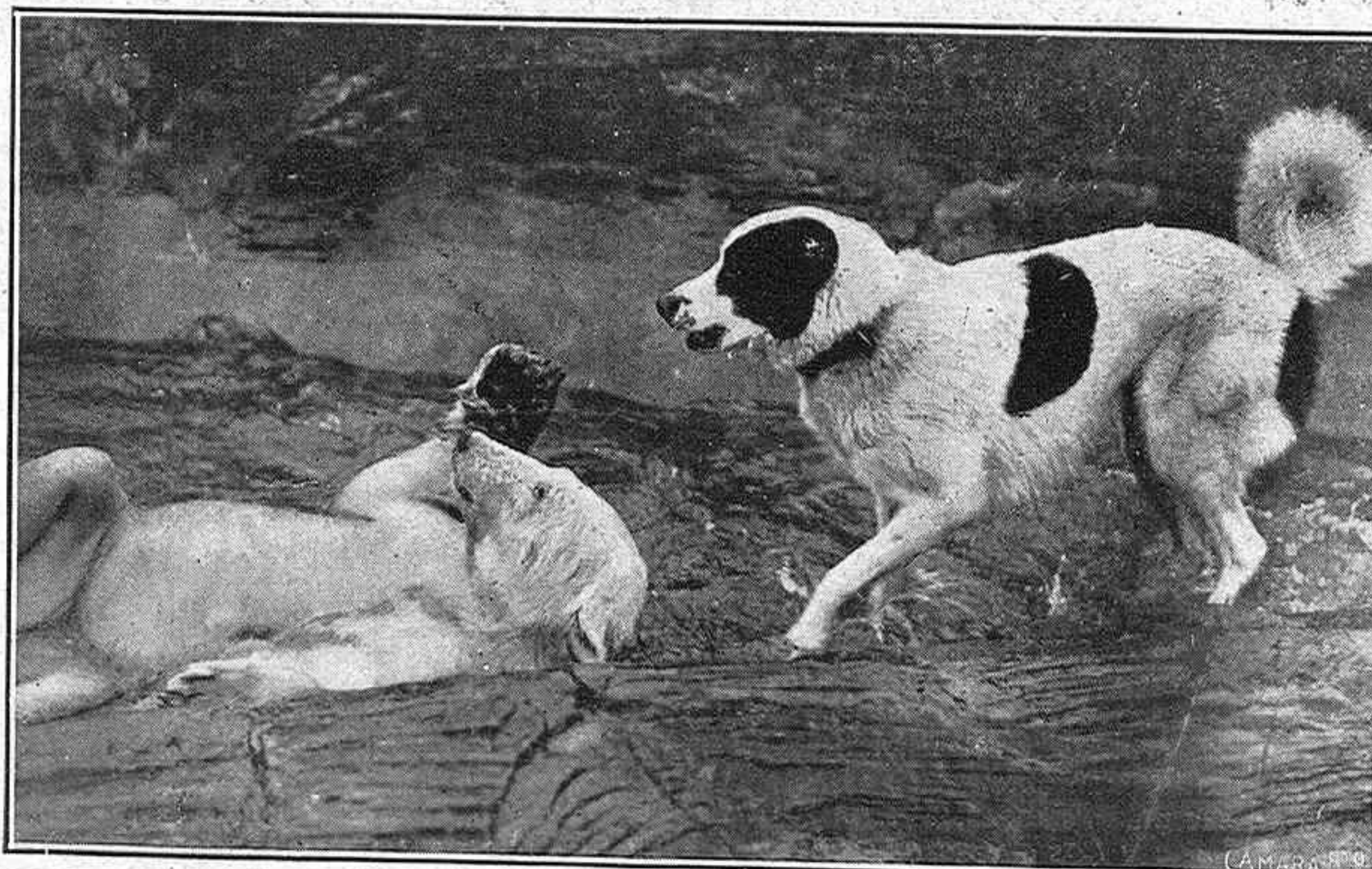
Ellos, que son los amigos de todos, entraron también en la contienda de odios... ¡Sirvieron á la Patria; ellos para quienes el mundo entero es Patria!

IV.—EL ENIGMA

Y ahora, al término de la guerra, ¿qué suerte aguarda á los supervivientes?...

Se dice que el Estado ha de atenderlos, y que habrá hoteles para perros inválidos, y pensiones para perros veteranos... Pero ellos preferirían la vida de otro tiempo: la dulce servidumbre á los pies de una dama; el puesto en el «auto»; los escarpines impermeables; el abrigo con cifra bordada; ¡saudade de aristocracias!...

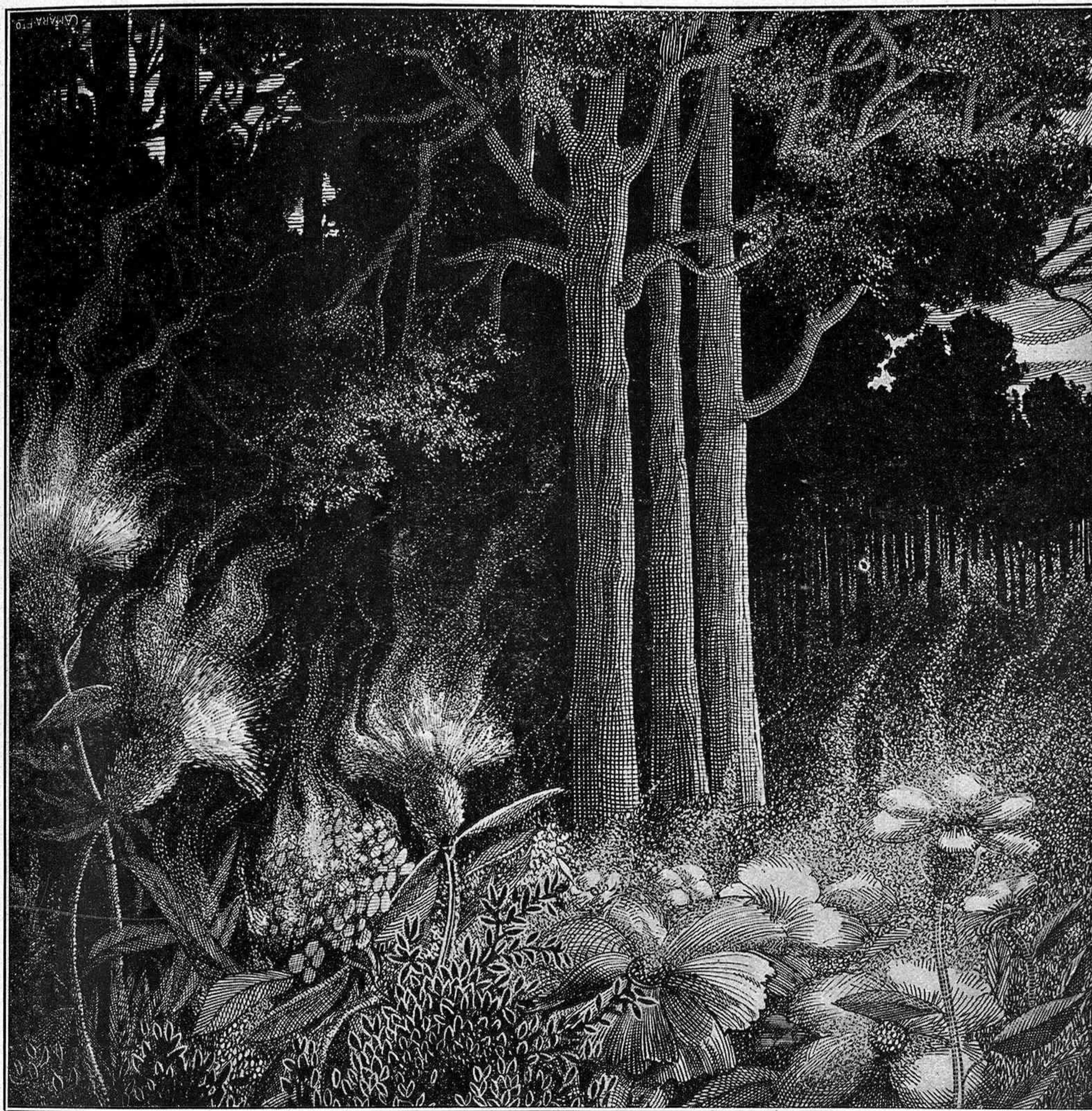
¿Volverá todo eso?... ¡Quién sabe!... Con las mujeres nadie puede prever, ni siquiera los *ahijados*... El capricho de mañana puede ser un loro ó un chimpancé... ¿Quién sabe?...



«Black and White» se entiende bien con el oso polar

ANTONIO G. DE LINARES

DEL CERCADO AJENO



ADIÓS

(De Alfred de Musset)

Adieu! je crois qu'en cette vie

¡Adiós! Quizá en esta vida
nunca á verte volveré.
Dios, que te llama, me olvida.
Cuando te pierdo, siento que te amé.

No me quejo al despedirte;
respeto lo por venir.
Llegue el barco en que has de irte,
y sonriendo lo veré partir.

Te vas llena de esperanza,
con orgullo volverás;
pero á aquellos que sufran tu tardanza
no los reconocerás.

¡Adiós! Te vas tras un sueño divino
y á embriagarte de algo peligroso.
El astro que se eleva en tu camino
aun ha de deslumbrarte, mentiroso.

¿Acaso aquel corazón,
que antaño por ti latía,
recuerdes con emoción
en un nostálgico día.

ARMONÍA DE LA TARDE

(De Charles Baudelaire)

Voici venir les temps où vibrant sur sa tige

Evaporándose ahora sobre el tallo vibrante,
cada flor es cual un incensario encendido;
hay sones y perfumes en el anochecido;
¡melancólico vals y vértigo anhelante!

Cada flor es cual un incensario encendido;
tiembla el violín como un corazón de amante;
¡melancólico vals y vértigo anhelante!
Triste y bello está el cielo, vasto lecho de olvido.

¡Tiembla el violín como un corazón de amante,
un corazón que llora por el vacío nido!
Triste y bello está el cielo, vasto lecho de olvido.
Al sol le ahoga el cieno de un gran charco sangrante..

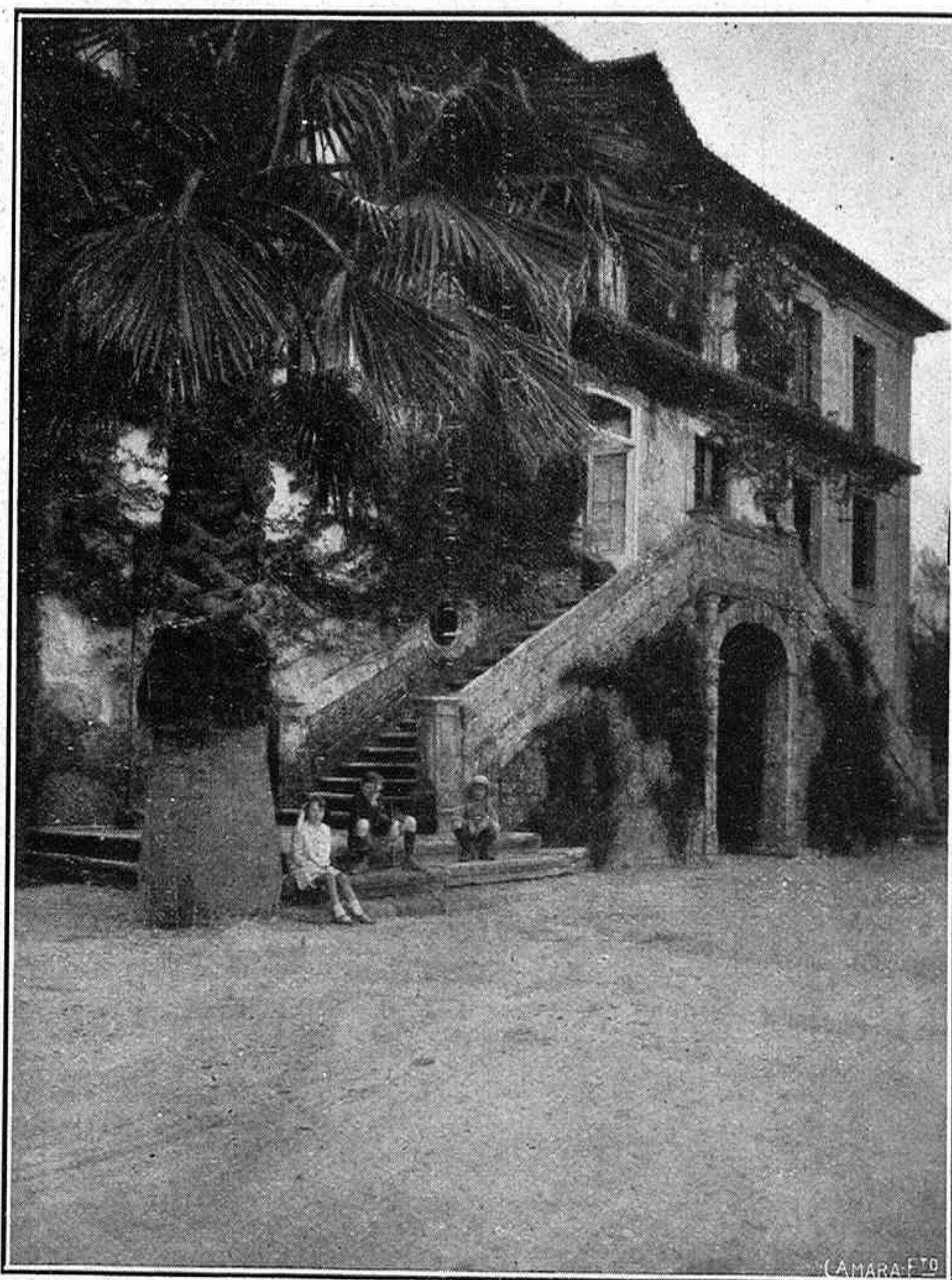
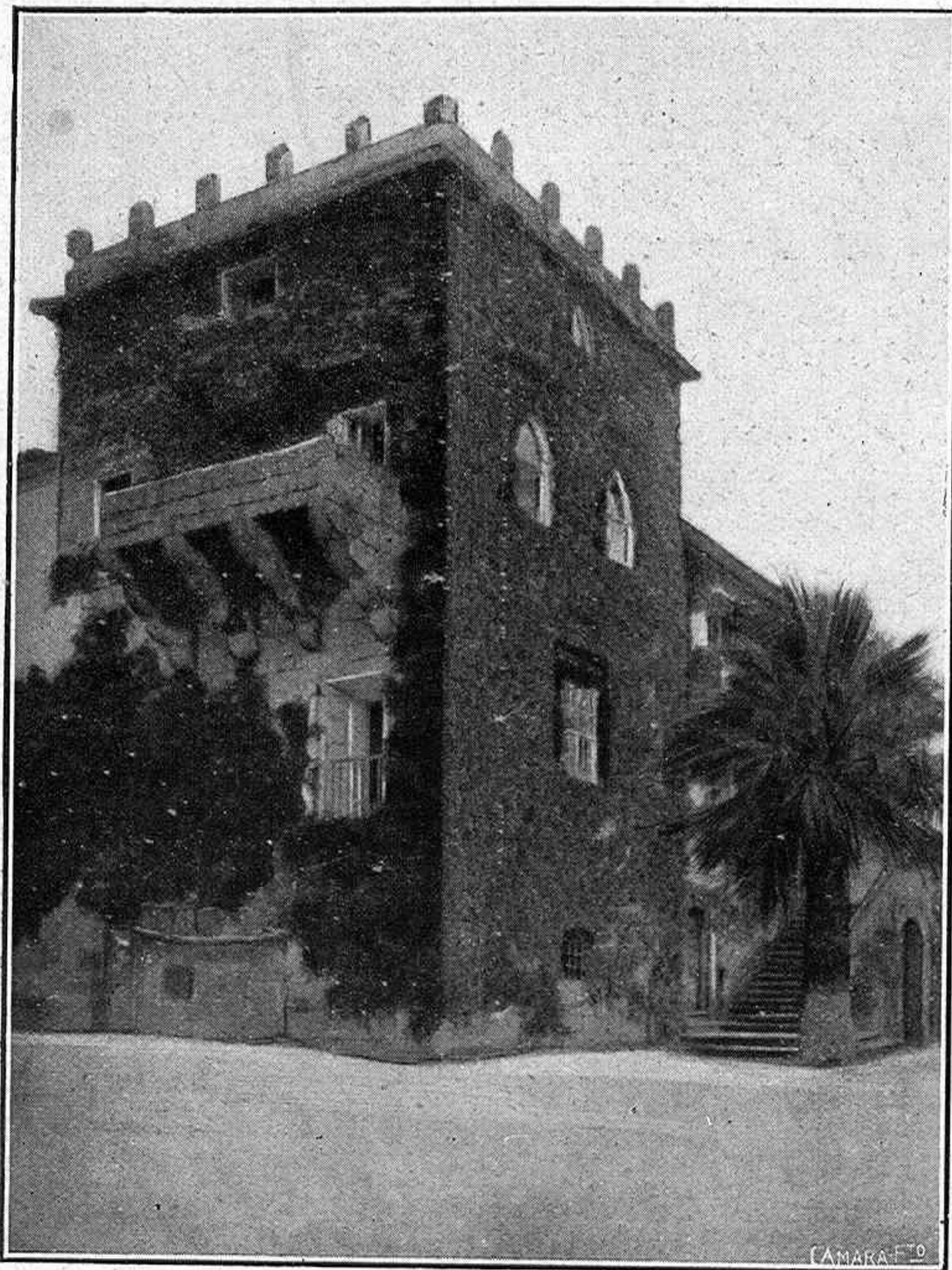
¡Un corazón que llora por el vacío nido,
del pasado esplendente recoge todo instante!
Al sol le ahoga el cieno de un gran charco sangrante..
¿Es en mí una custodia tu recuerdo querido.

Por la traducción,
Germán GÓMEZ DE LA MATA

DIBUJO DE SOLANS

MORADAS HISTÓRICAS

UNA TORRE LUSITANA



Amarante.—Torre y casas da Faia

EN la aduana de Valença do Minho, un ceremonioso empleado me tiende, sonriente, un libro encuadernado en tela roja. Al abrirlo comprendo lo que solicita de mí: la contribución espiritual de unas líneas que vayan á sumarse á las de tantos españoles como se han rendido á la gentil tiranía de este funcionario, árbitro momentáneo de nuestros destinos en este tiempo de guerra exigente y desconfiado.

Después de escribir mi elogio de la tierra portuguesa, hojeo el álbum, leyendo algunas de sus páginas. La condesa de Pardo Bazán ha escrito en él estas ó parecidas palabras:

«Al cruzar el Miño para internarnos en Portugal, sólo la aduana de Valença nos recuerda la entrada en país extranjero. Lo que Dios unió no debieron separarlo los hombres.»

Es una exacta observación. La orilla portuguesa del río más poético de la Península, es una repetición melodiosa de la orilla española. Y esto es lógico, porque la Naturaleza nada sabe de mudanzas políticas, y el maravilloso valle del Miño, que desde allí se ensancha para abrirse sobre el mar, ofrece por todos lados el verde sonoro de sus maizales y la mancha de sus pinos que trepan por las laderas hasta las crestas graníticas de las montañas.

Pero, tierra adentro, siguiendo la calzada que conduce á Ponte de Lima—donde se halla el magnífico Pazo de Bertandos—parecen prolongarse las tierras de Pontevedra que hemos dejado atrás: el campo de maíz, la parra jugosa, entre cuya fronda asoman las casucas grises y humildes; el aldeano que se descubre á nuestro paso saludándonos en un lenguaje conocido... Sólo hallamos novedad en las iglesias campesinas, con su blanca torre cuadrada y su cúpula decandente de un vano alarde bizantino.

Ya en la ruta de Braga, y más lejos, en la que por Guimaraëns conduce al

valle del Tamega risueño, hay una transición en la forma del paisaje, pero no en su fondo. Seguimos en tierras de maíz y de vino, pero todos los campos y todos los caminos están orillados por árboles—generalmente álamos negros—y ya no existe el emparrado del Norte, sobre sus pies de piedra. Aquí, la vid trepa por el tronco del chopo y se enlaza á sus ramas, dando así á la copa del árbol una frondosidad extraña.

La amiga que nos espera en su casa campesina y feudal, me decía en una carta hablándome del paisaje de su país:

«... ¡Nao calculas ó que tem de interesante ver os choupos con as vides enlazadas por ellas a cima!

O choupo e a vide fazem lembrar o homem ea mulher: o choupo forte, energico, altivo, con os seus ramos erguidos; a vide toda feminina e fragil, precisando de quem a ampare e auxilie

para viver, a elle se enlaza graciosamente deixando pender os seus ramos, cheios de folhas e de fructo, dos brazos fortes do choupo.»

A medida que nos aproximamos á Amarante los accidentes del terreno se hacen más notables, y sirviendo de telón de fondo á esta histórica villa se destaca la masa imponente y desnuda de la sierra del Marão, que cierra el paso al valle del Dueró, donde la vid torna al suelo como en Castilla.

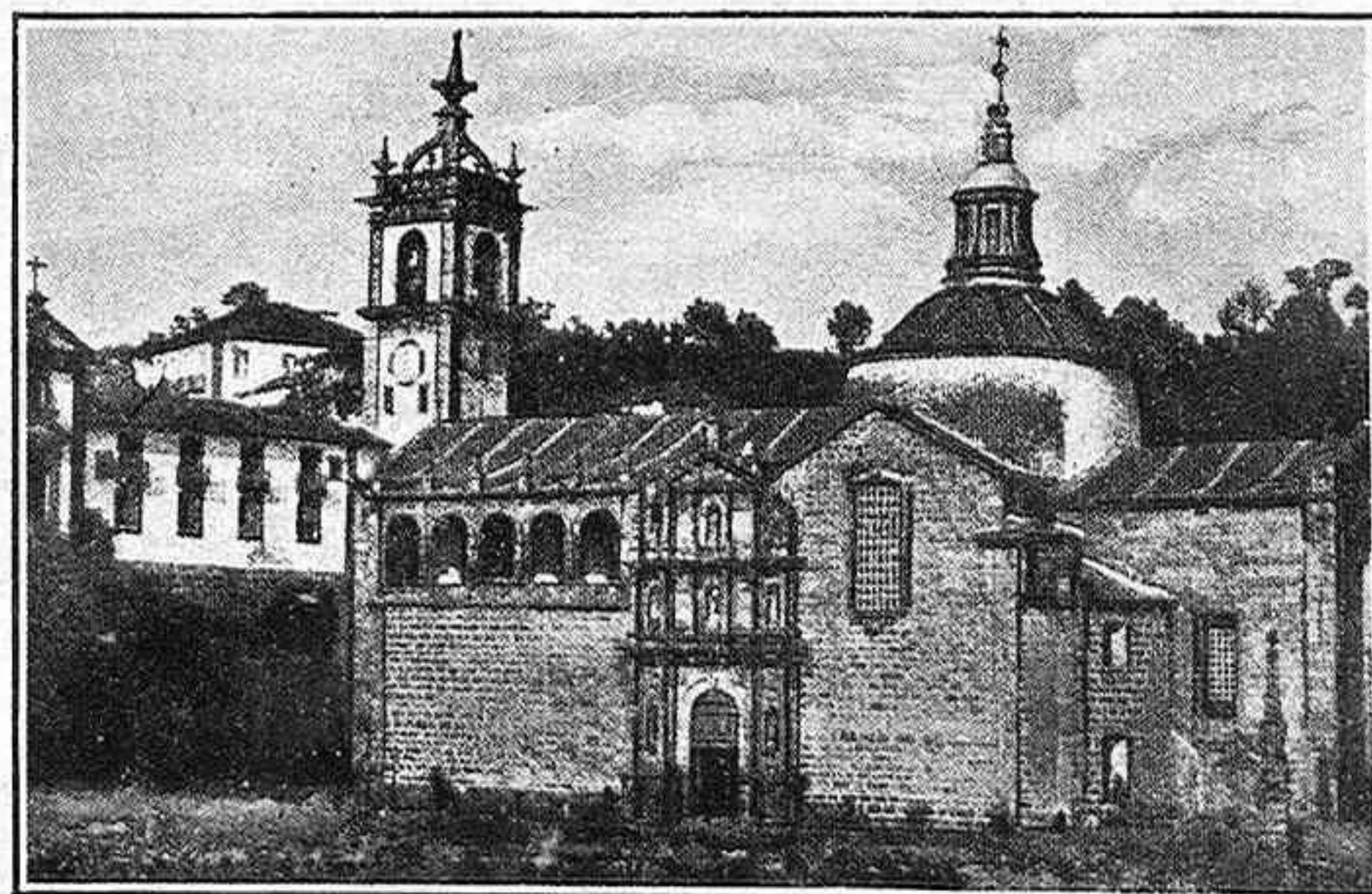
Poco antes de llegar al solar de San Gonzalo, dominando un pequeño valle en cuyo fondo se alza la vieja iglesia románica de la feligresía, descubrimos la Torre da Faia, llena de una belleza antigua y señorial.

Desde el gran balcón volado sobre mensulones de una gracia primitiva y tosca, la castellana nos saluda agitando su pañuelo.

Un poco más abajo, junto á unas casas aldeanas, un rapaz que levanta en sus manos un gran ramo de roble, nos hace detener el coche para mostrarnos el camino que debemos tomar. Es un camino estrecho sombreado por árboles, que al final se convierte en un túnel emparrado y desemboca en una explanada delante de la casa, donde una palmera gigantesca se yergue con su prestigio exótico.

Al pie de la escalera de piedra la castellana nos hace el regalo de sus manos y de su sonrisa. Y entonces una emoción compleja nos invade.

Estamos junto á la torre, armoniosa y austera, por cuyos muros trepa la hiedra que encuadra los ventanales; llegamos por vez primera á esta morada que nos abre cordialmente la gentil amiga, que se llama Adelaide de Magalhães é Meneses, y entre nuestro placer al tornar á verla, después de una larga separación, y ante la belleza del paisaje y la serena majestad de la piedra, pasan esos momentos inciertos, llenos de fugaces sugerencias, que luego son bagaje in-



El monasterio de San Gonzalo, en Amarante

apreciable cuando el recuerdo los ordena y avalora.

«En la Faia se oye el silencio», me había dicho muchas veces Adelaide, y en verdad nada tan maravillosamente silencioso como este trozo de aldea.

A la puerta de una casa cercana una rapaza rubia, de ojos azules, hila su rueca, y unos *meninos*, que han suspendido sus juegos á nuestra llegada, nos miran con su cándida mirada infantil abierta á lo maravilloso, mientras cae la tarde estival y el sol incendia las cumbres peladas del *Marão*...

ooo

La Torre da Faia, construida sobre las ruinas de un casal antiquísimo en el último tercio del siglo xvii, tiene el encanto poderoso de su línea severa, la inquietud que le presta el enorme balcón volado sobre cuatro grandes ménsulas y la entonación cambiante y melodiosa de su vestidura, verde en primavera, al otoño ensangrentada como si tuviese *saudades* de las lejanas epopeyas.

A una de sus caras se adosa un cuerpo moderno de edificio, dibujado en el gusto severo de la torre. Una doble escalera de piedra, que culmina sobre un arco de medio punto, le añade monumentalidad, y el desentono de las piedras más jóvenes, al lado de aquellas venerables de la torre, se va ocultando, pues ya la hiedra va invadiéndolo todo y se ha corrido á lo largo de la imposta que separa lo dos pisos, con su pinclada antigua y aristocrática. Perteneció esta residencia á los Magalhães, rancio linaje portugués que descende del célebre navegante y que tiene hondas raíces en el país. Lleva una de sus ramas el título de conde de Villas-Roas, arcaico señorío elevado á tal dignidad por Don Manuel de Braganza, y fué su hermana Adelaida de Magalhães é Meneses la que en el reparto de los bienes paternos quedó dueña de la Torre da Faia. «A tout seigneur tout honneur», podría repetirse con la alteración correspondiente.

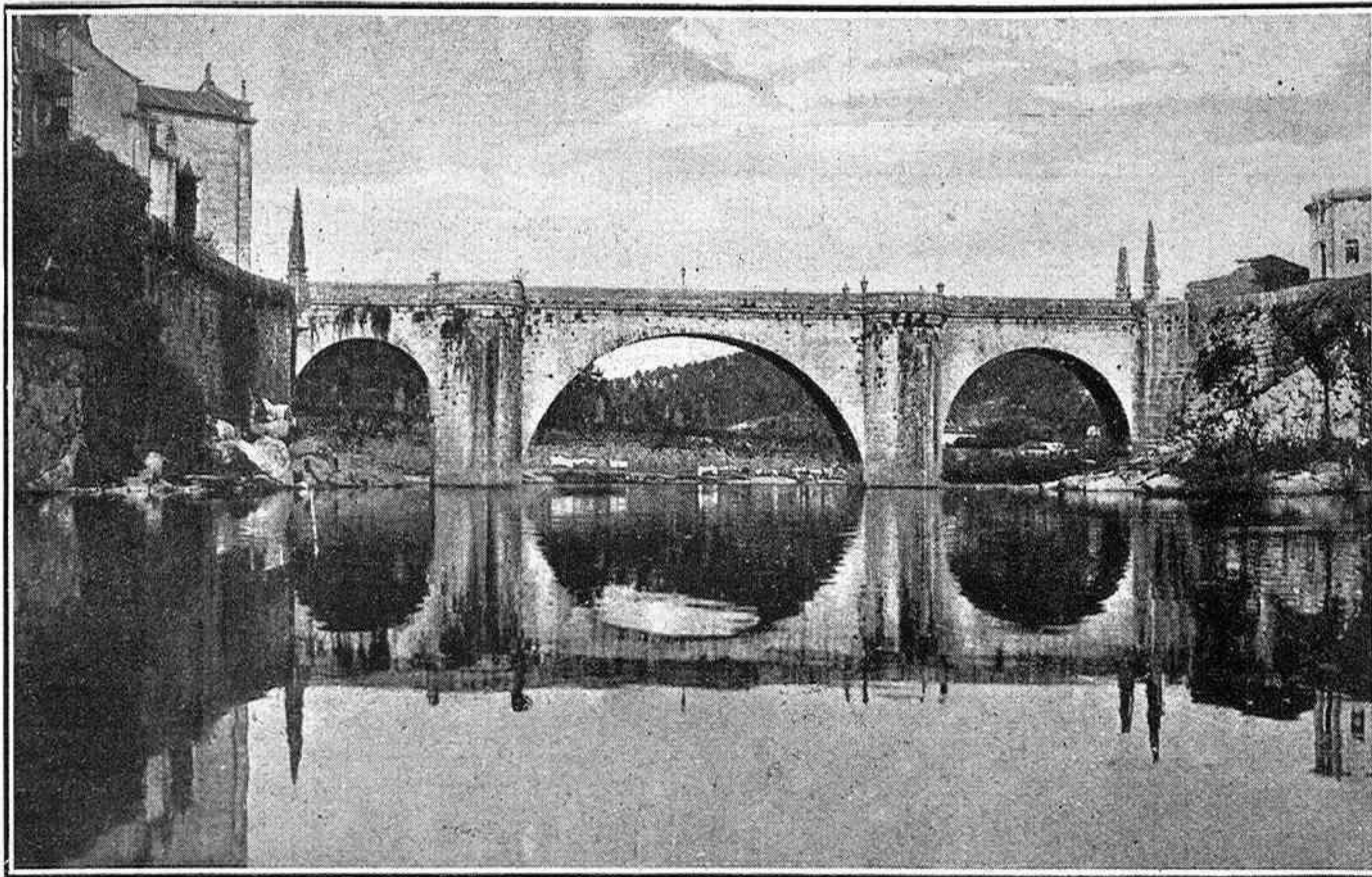
Todo fuera como dentro del pazo revela la mano femenina é inteligente de la gran señora que lo ocupa.

Lasencillez y la limpieza son el más grande atractivo de estos interiores, donde ella descansa de sus preocupaciones campesinas entre los recuerdos familiares y los libros favoritos.

En el patio, abierto en la roca de la montaña, el agua que cae cristalina y fría en un estanque, despierta un eco conventual de reposo y de confianza. Y en la contemplación de todo esto pasan nuestras horas, y tras la cena en que no faltan esos dulces deliciosos y únicos, cuyo secreto parece vinculado á la tradición portuguesa, nos recogemos en una sala íntima, de hondas y mullidas butacas, de luces confidenciales y donde alguien, para darnos el broche de tanta emoción, serena y fragante, toca al piano los melancólicos *fa-dos* del país.

ooo

Amarante fué fundada por los turdetanos 360



Puente antiguo sobre el río Tamega

años antes de J. C. y adquirió mucha importancia bajo el dominio romano, tomando el nombre de *Amarantus*, general que la gobernó en los tiempos de Augusto. Más tarde cayó en poder de los sarracenos, y logrando sacudir este yugo se constituyó en behetría, pudiendo elegir libremente su señor.

Frecuente campo de batalla en las guerras de la Edad media, fué destruida parcialmente varias veces y, por último, arrasada por completo.

En 1250 empezó su reedificación San Gonzalo, fraile dominico protector de la villa, que todos los años todavía lleva á ella millares de devotos en el día de su fiesta. Este santo es muy venerado en el convento de su nombre, donde está su tumba, y que fué construido en 1540 por Don João III y su mujer Doña Catharina, sobre los restos de una capilla que él mismo edificó.

Amarante se immortalizó durante la guerra peninsular, en la defensa que hizo de su puente contra los franceses, dirigida por el general Francisco da Silveira Pinto da Fonseca, promovido á mariscal por su heroísmo y agraciado por el príncipe regente con el título de conde de

de San Gonzalo, que guarda en sus muros la joya de un Velázquez, la Historia surge de entre los viejos sillares proclamando con sus palabras, llenas de un noble sentido antiguo, nuestra fraternidad.

En el fondo de los valles portugueses nos saludan cantarinas las aguas de las sierras españolas.

Es aquí el Tamega que viene de la parte de Orense y pasa por Chaves, la villa fronteriza, la pretérita *Agua Flavio*, que yendo por alianza matrimonial de manos de Alfonso VI á las del conde Don Henrique, padre del primer rey portugués, cae más tarde en poder de los moros y es reconquistada por dos hermanos españoles que obtienen así el apellido que yo llevo.

Y es más lejos, al otro lado de la sierra brava, el Duero de estirpe castellana, que hace un arco en torno á Soria, que pasa por Tordesillas y Zamora, y riega con sus aguas turbias y profundas el clásico *paiz d'o vinho*, que para ser bueno, según dicen allá, ha de oír en fruto el ruido de los remos en el río. Tierra roja como el líquido que mana, que en época de vendimias se alegra con un soplo de pagania!

Yo la recuerdo en una vista panorámica y asombrosa, asomado á un balcón del espléndido palacio renacentista que en Portello de Cambres posee otra rama de la casa de Villas-Boas, en la tarde caliente y luminosa. El valle tendido á mis pies y en su fondo el Duero y unos caseríos diseminados entre las viñas, y allá, muy lejana, la blanca mancha de Régoa, herida por el sol, durmiendo su siesta en los pliegues de las colinas.

Y detrás las sierras, las sierras altas cuyas cumbres se perdían en el horizonte, camino de España, onduladas y soberbias como las olas de un océano...

¡Bello rincones portugueses! En el rápido desfilar de sus maravillas me dieron toda la emoción natural de sus paisajes y la vibración artística de su arquitectura y de su tradición, y como presente inolvidable, la visión de la Torre da Faia á la luz de una luna que se elevaba lentamente—como en una historia soñada—sobre las montañas.

CONDE DE SANTIBÁÑEZ DEL RÍO

EL ADIÓS DEL CRUZADO

—¡Clamó el clarín, mi doña Sol amada!
Parto á la guerra armado caballero
y os juro no quitarme la celada
mientras no fulja, triunfador, mi acero.

Creyente de mi amor, ¡á la Cruzada,
á impulsos de mi fel... Vencer espero,
llevando en el escudo, cincelada
en oro, esta leyenda: "Triunfar quiero".

Aguardad mi regreso, reina mía,
y permitid que ofrende mi hidalguía
mi amor, como un tapiz, á vuestras plantas;

mas, cuando torne de la lucha un día,
también os vendirá mi valentía
mi espada, ¡vieja de segar gargantas!

Juan G. OLMEDILLA

ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS ISMAEL SMITH



"Ex-libris" (grabado)

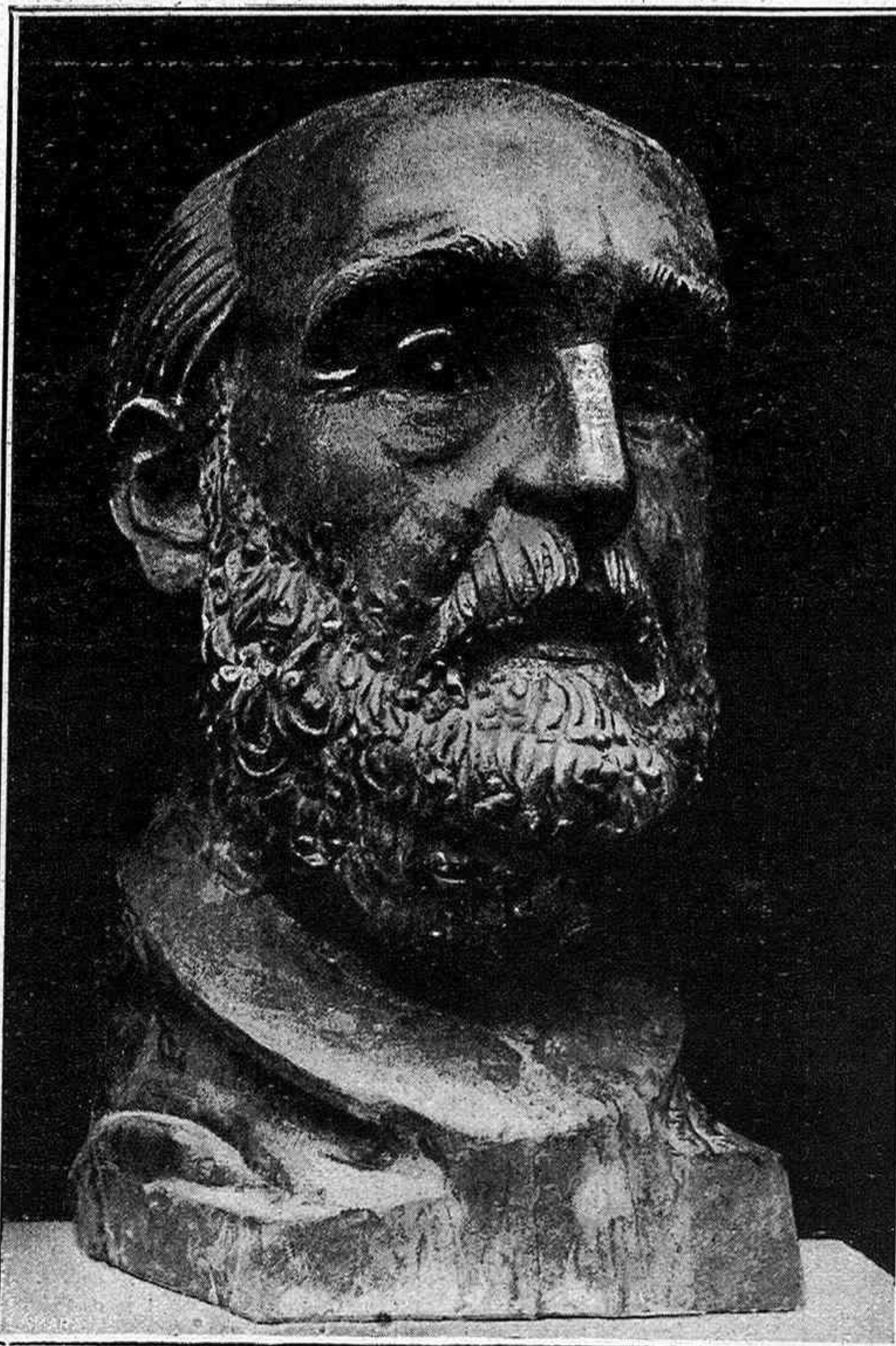
Su nombre hebreo, su apellido sajón, su aspecto afrancesado, y su acento, inconfundiblemente catalán, cuando habla castellano, ya prometen el cosmopolitismo de su arte y de sus ideas, la diversidad multiforme que le caracteriza.

Ismael Smith es un indudable producto de civilización ultradecadente, de ese período último de las decadencias, donde empiezan a alborrear nuevas normas clásicas.

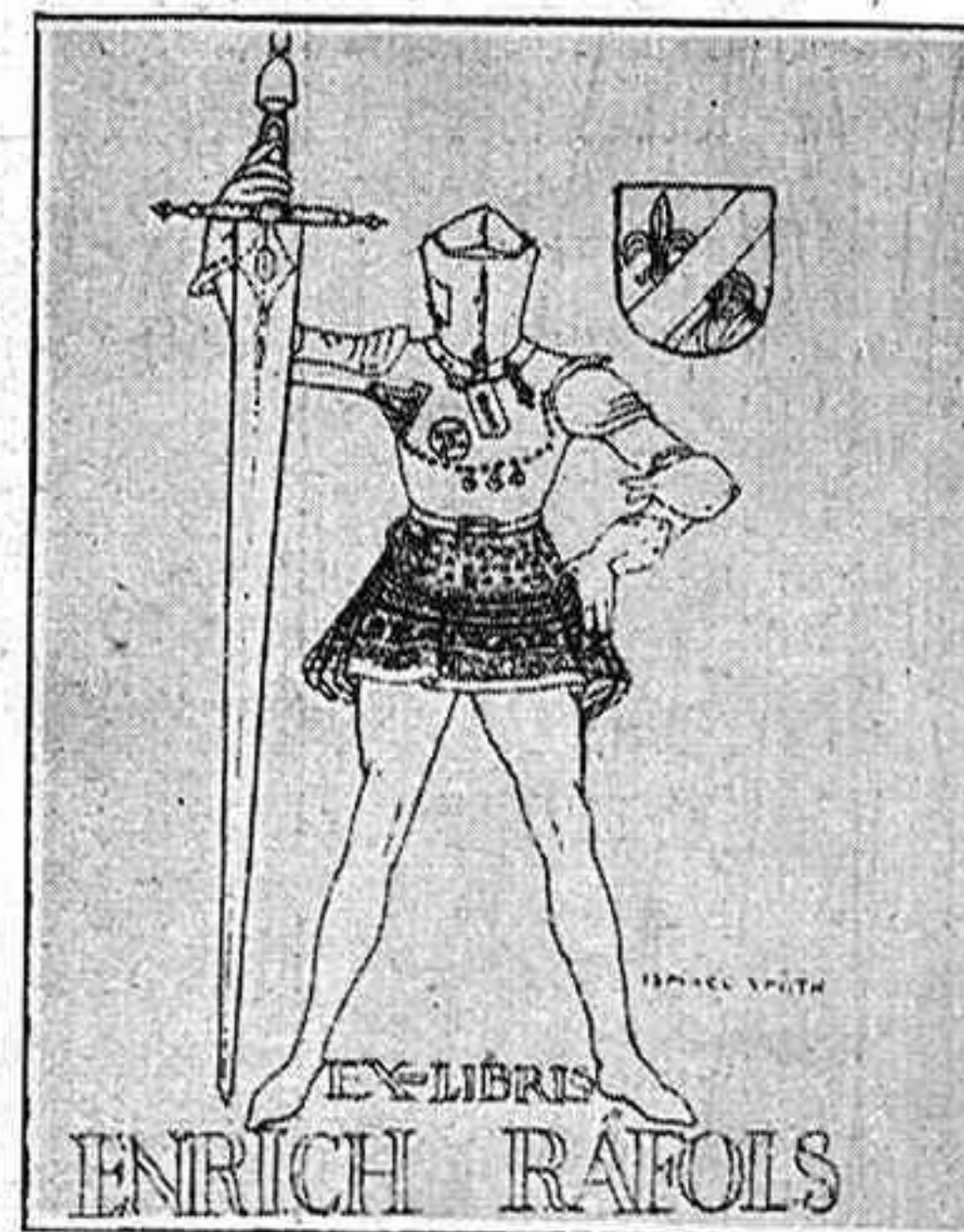
Porque el impetu rebelde de sus obras se agita dentro de arabescos fraternos de otros ya tradicionales ó insinúan la futura normalidad.

Esto es indudable instinto artístico; pero todavía se realza con los hallazgos positivos, con las adiciones educadoras de los viajes por las ciudades, por los museos y por los libros.

Así, Ismael Smith, antes de levantar los húmedos paños de sus barro, nerviosamente modelados; antes de abrir las amplias carpetas de sus dibujos, sugiere la idea de ese cultivo frecuente del espíritu á través de distintos medios y opuestas influencias. Menudo, nervioso; con una extraña dureza en las niñetas negras detrás de los esféricos cristales de los lentes; con una correctísima



"Milá y Fontanals" (escultura)



"Ex-libris" (grabado)

impertinencia en el habla y una ostentosa britanización en las telas de sus trajes, se anticipa á los juicios ajenos y prepara la exhibición de las obras propias.

Nos damos cuenta en seguida de que posee aquellas cualidades seguras, propicias, de los destinados al triunfo. La seguridad en sí mismo se extiende como un contagio, del que huyen, horrorizados, los filisteos.

ooo

Ismael Smith, por natural consecuencia de su versatilidad temperamental y de su insaciable sed de trogamundos, es un artista multiforme que parece rectificarse sucesivamente: hace esculturas, dibuja ilustraciones editoriales, satiriza gentes y costumbres, graba *ex-libris*.

Escultor, ilustrador, caricaturista, grabador. ¿Cuál de estos aspectos es el más expresivo de su personalidad?

Yo creo que el escultórico. Smith es fundamentalmente escultor. Ve las masas y las formas con una claridad armoniosa y palpante. Da á los volúmenes su valor exacto. Anima la materia de un vívido fuego interior. Desde luego es, con la natural coetanidad de su juventud—nació en Bar-

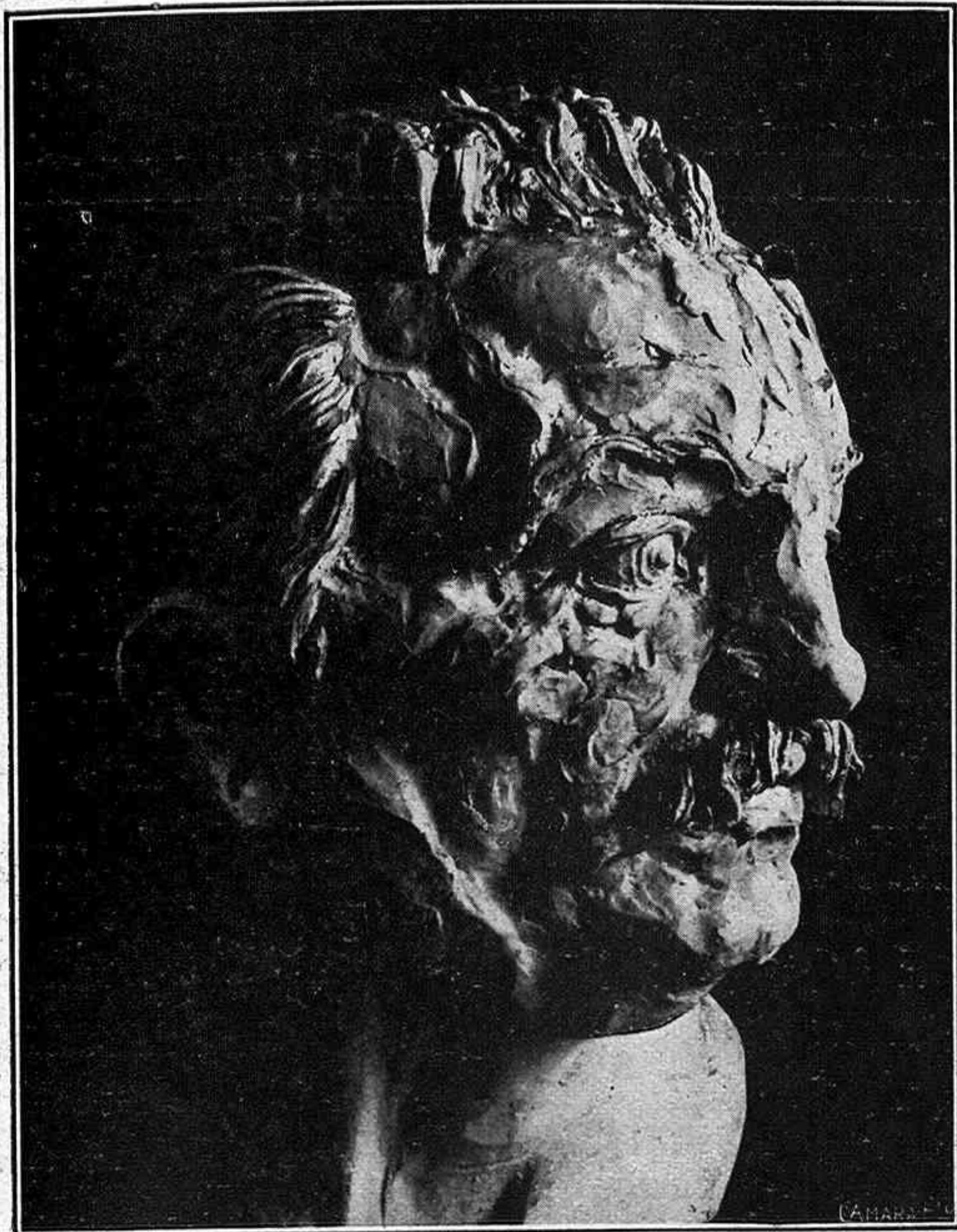


"Sevillanas"

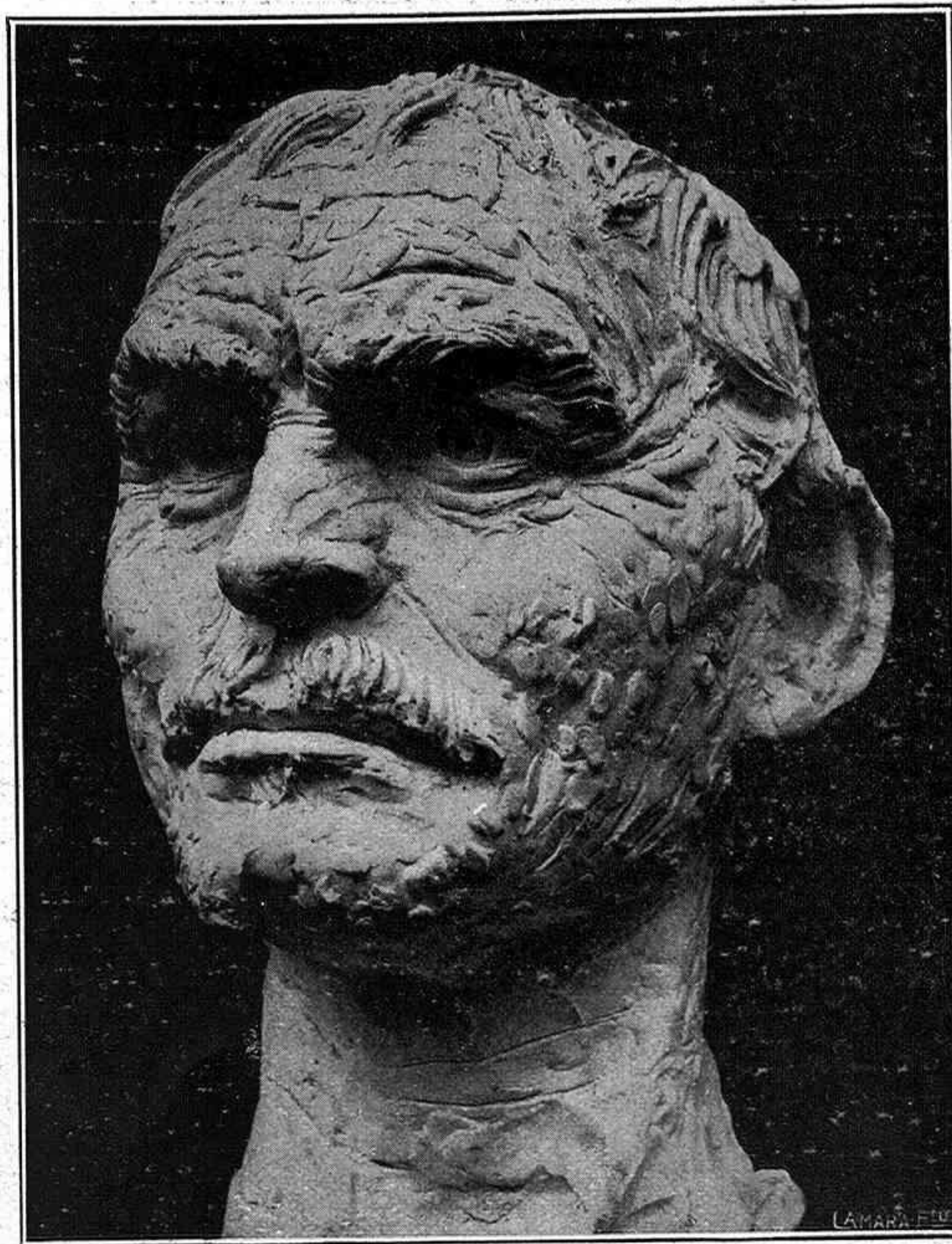


"Los majos"

(Dibujos de Ismael Smith)



"Prat de la Riba"



"La Energía"

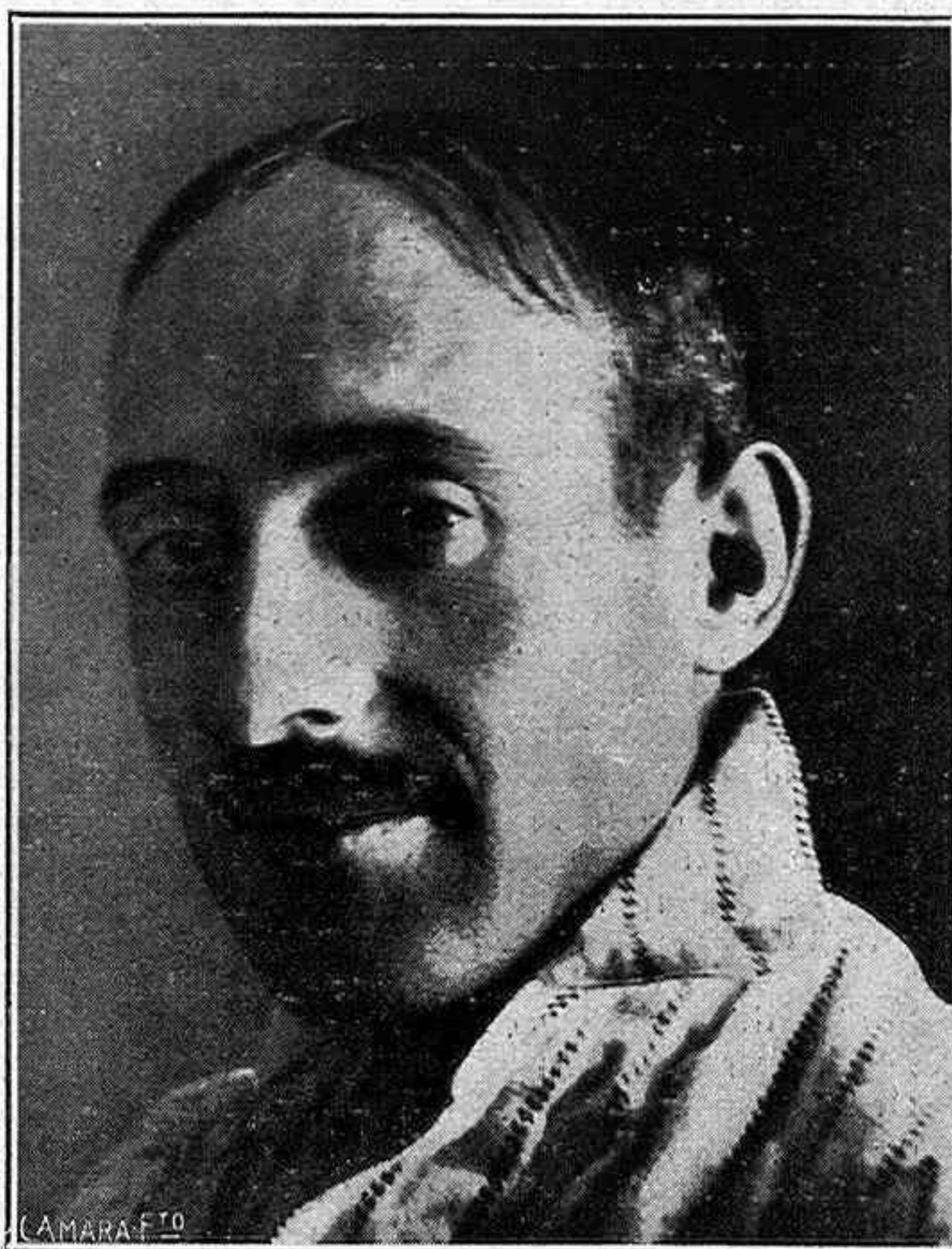
(Cabezas en barro)

celona el 18 de Julio de 1886—, un simultáneo iniciador de este arcaizante latinismo que irradia de las obras de sus compañeros de arte y demarcación geográfica: Clará, Casanovas, Borrrell, Nicolau.

Su testa de Milá y Fontanals, por ejemplo, habla en el tono grave, sereno, mediterráneo, que otras célebres esculturas de esos tres maestros jóvenes. La cabeza de José María Junoy—el sutil y sensibilísimo esteticista y glosador de las modernas tendencias del arte catalán—tiene la calidad y la euritmia de un bronce desenterrado después de un sueño milenario entre ciudades hundidas. Más recientemente la escultura de Ismael Smith se convulsiona, vibra con impetuoso



"Encarnación" (escultura)



ISMAEL SMITH

tormento. Así este Prat de la Riba, este Granados, este Cambó del perfil «shyloicko» y agorro, vistos á través del dinamismo viril de Bourdelle ó la gracia antigua de Bernard.

Si como escultor Ismael Smith tiene reminiscencias francesas—realmente la escultura moderna catalana es tributaria de la moderna escultura francesa—como dibujante, como grabador, como ex-librista aparece claramente definida su educación inglesa. Incluso el orientalismo que á veces asoma en sus dibujos y en sus delicadas acuarelas está «como traducido del inglés». Y en los ex-libris da á psicologías españolas la imaginación correcta, con motivos medioevales de los dibujantes ingleses derivados del preraphaelismo.

Así al volver á España como un intervalo entre su vida de Londres y su vida yanqui, Ismael

Smith ve el renacimiento de la tradición española, de los externos velazquismo y goyismo, que impera demasiado en la moda ornamental y en los bellos oficios de aplicación artística de nuestros días, como un extranjero á quien España y Goya se le revelan por primera vez. Y como tiene la ventaja de su raigambre española á pesar del nombre israelita, el apellido inglés, el aspecto francés y el bilingüe idioma de sus dos patrias, los dibujos de Ismael Smith son en apariencia exóticos, pero tienen un fuerte sabor de realidad y de veracidad que no se puede conseguir no habiendo nacido bajo el cielo maravilloso de nuestra España.

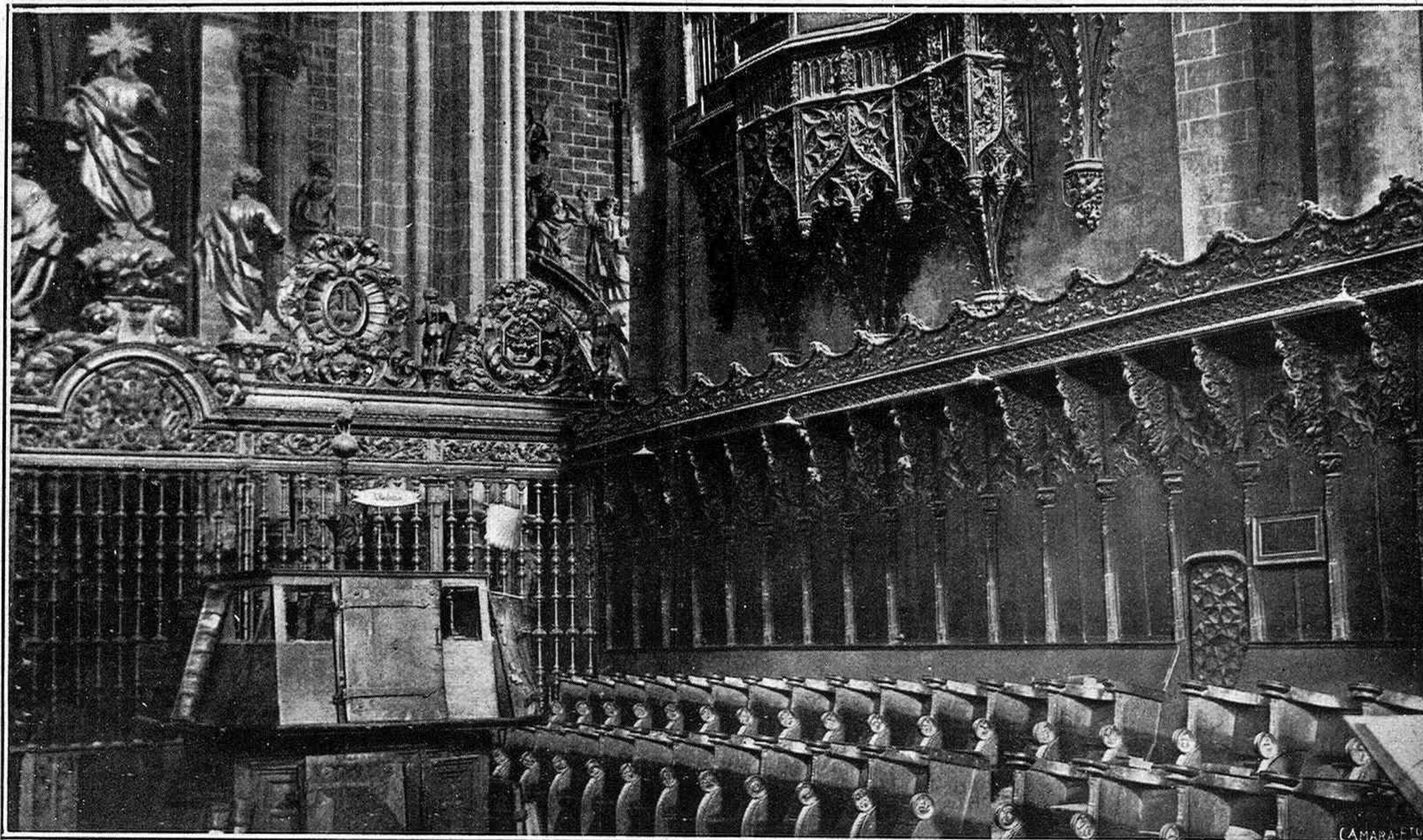
SILVIO LAGO



"Bilitis" (escultura)



ZARAGOZA
LA CATEDRAL DE LA SEO



Interior del coro, donde se admira el pie del órgano y el facistol del antipapa Luna

HONRADAS las páginas de LA ESFERA no hace muchos meses con una detallada información gráfica y literaria del suntuoso templo del Pilar, parecía La Seo— la catedral hermana—

recabar el derecho á ser divulgados los tesoros artísticos que contiene.

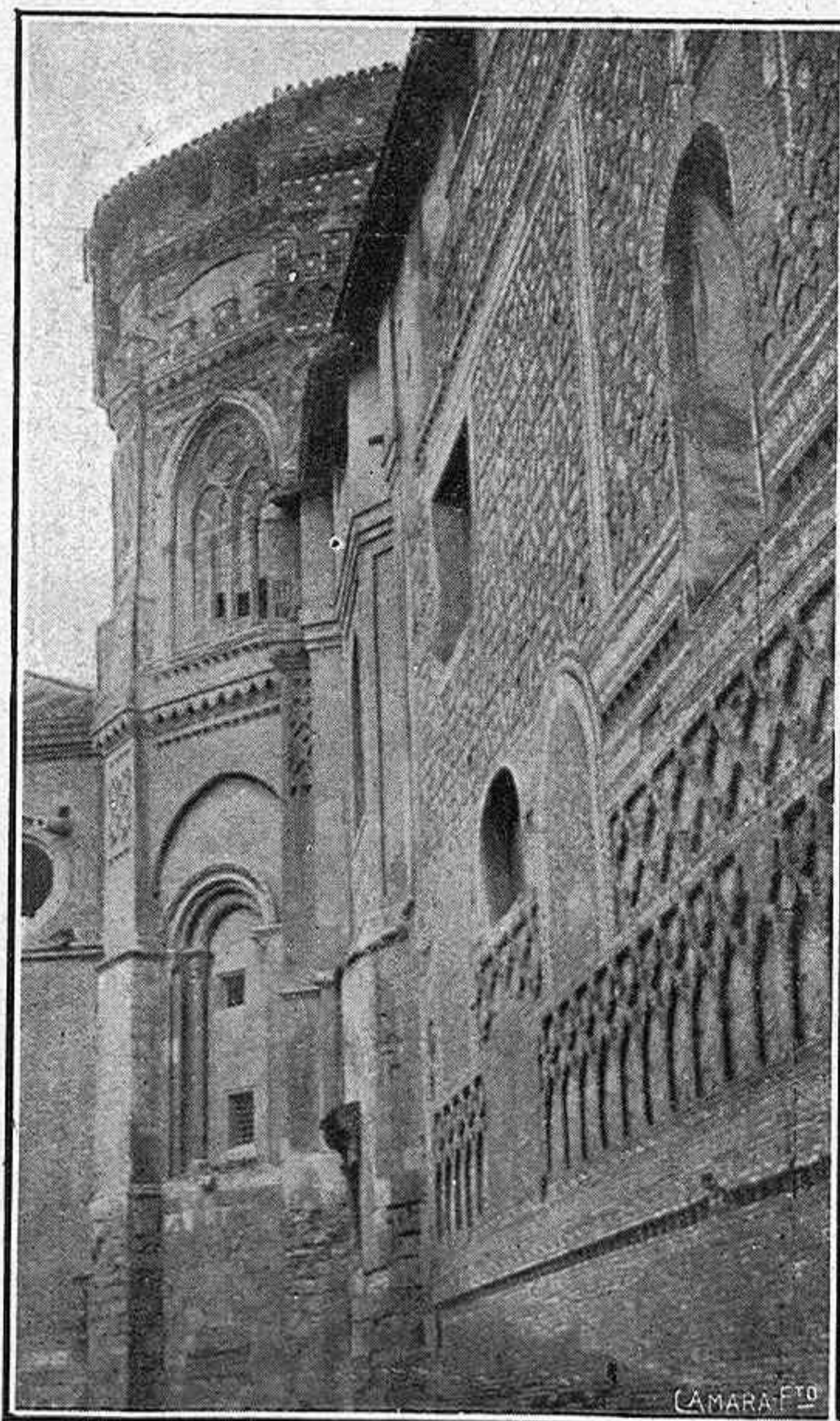
Hermano mayor del Pilar, pero de distintos progenitores, La Seo fué construído por los árabes, que lo hicieron baluarte de su fe hasta que Alfonso, el Batallador, conquistando Zaragoza en 1118, la convirtiera en templo cristiano.

La Seo fué edificado en distintas etapas. La diversidad de estilos que en él campean lo atestiguan: A mediados del siglo xv sólo existían tres naves de menores dimensiones que las actuales. Pedro de Luna, conocido en la Historia por el antipapa Luna (Benedicto XIII) que estableció el solio en el castillo de la Aljafería, prestó su apoyo á la reforma del templo, debiéndose en gran parte su magnificencia actual. De aquella fecha data el cimborrio, construído en forma de tiara, entre cuyos detalles de ornamentación pueden verse esculpidos los atributos de la dignidad pontifical del antipapa y los blasones de su familia. Los arzobispos D. Alonso y D. Hernando de Aragón, hijo éste del anterior, continuaron y dieron remate á las obras iniciadas por Luna, igualando la altura de las naves, construyendo otras dos y alargando á las cinco dos naves transversales por detrás del trascoro. El retablo del altar mayor, una de las más preciadas joyas de este templo, labrado en alabastro y de estilo gótico puro, es de una belleza artística que sorprende y admira. Fueron sus artífices Pedro Juan de Cataluña y Ans y Gil Morlans quienes dieron fin á su magnífica obra el año 1488. Indígenas y extranjeros, artistas y profanos, todos se extasían ante este milagro del Arte.

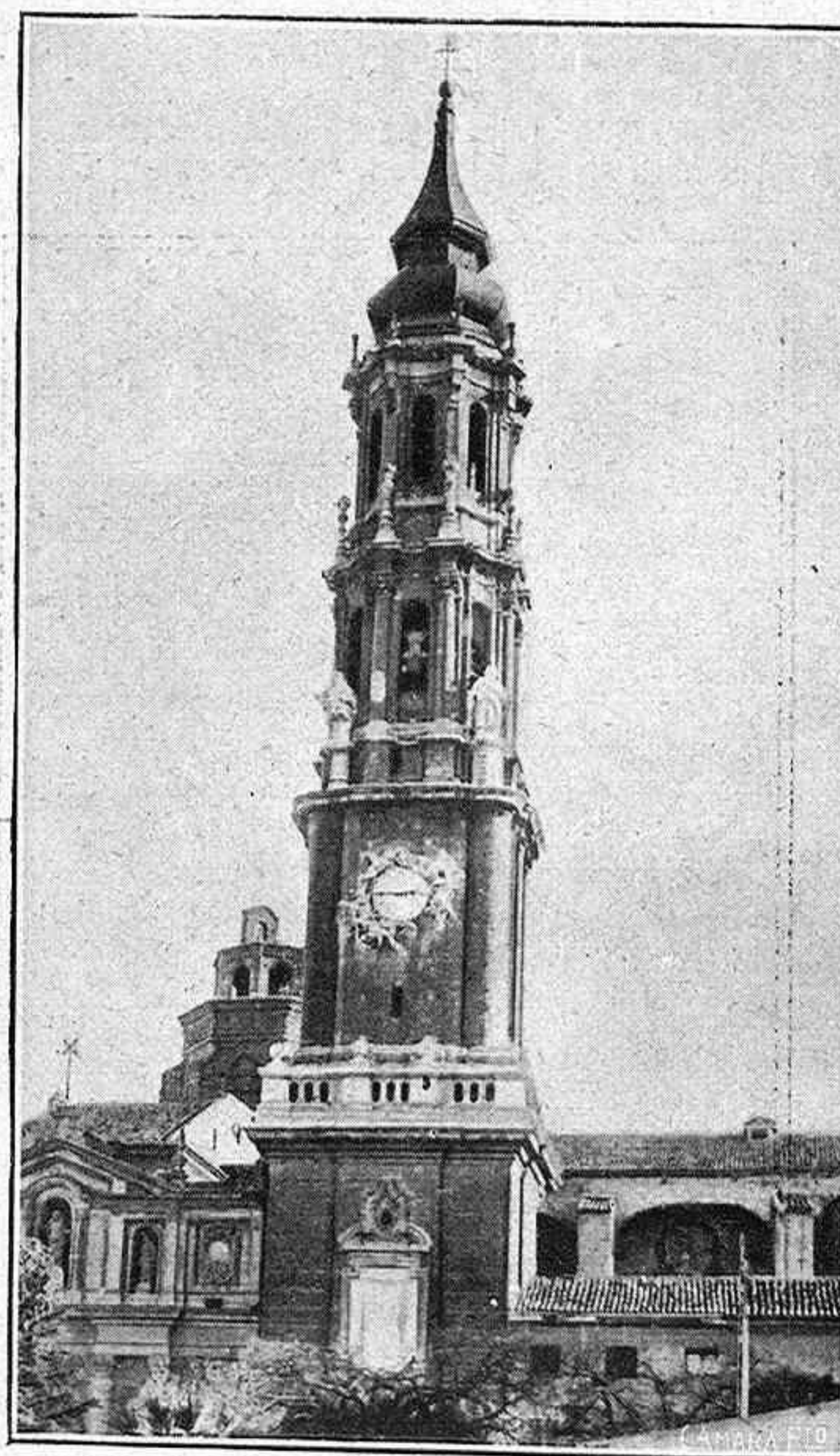
En el mismo presbiterio puede admirarse el sepulcro magnífico de D. Juan de Aragón, hermano del Rey Católico, y junto al sepulcro unos inspiradísimos dísticos indican el lugar donde se guarda el corazón de Baltasar Carlos, primogénito de Felipe IV, muerto de viruelas en 1646. Junto á la Epístola existe una silla dual, estilo plateresco. En ella fué establecido muchas veces el regio solio en la ceremonia de ser ungidos los monarcas Pedro III, Alfonso III, Jaime II, Alfonso IV, Pedro IV, Juan I, Martín I, Fernando I y varias reinas consortes.

Frente al presbiterio se encuentra el coro. En

medio campea el magnífico facistol del antipapa, labrado en 1413. La sillería, hecha en roble de Flandes por Juan Navarro y los hermanos Francisco y Antonio Gomar, es admirada por su sen-

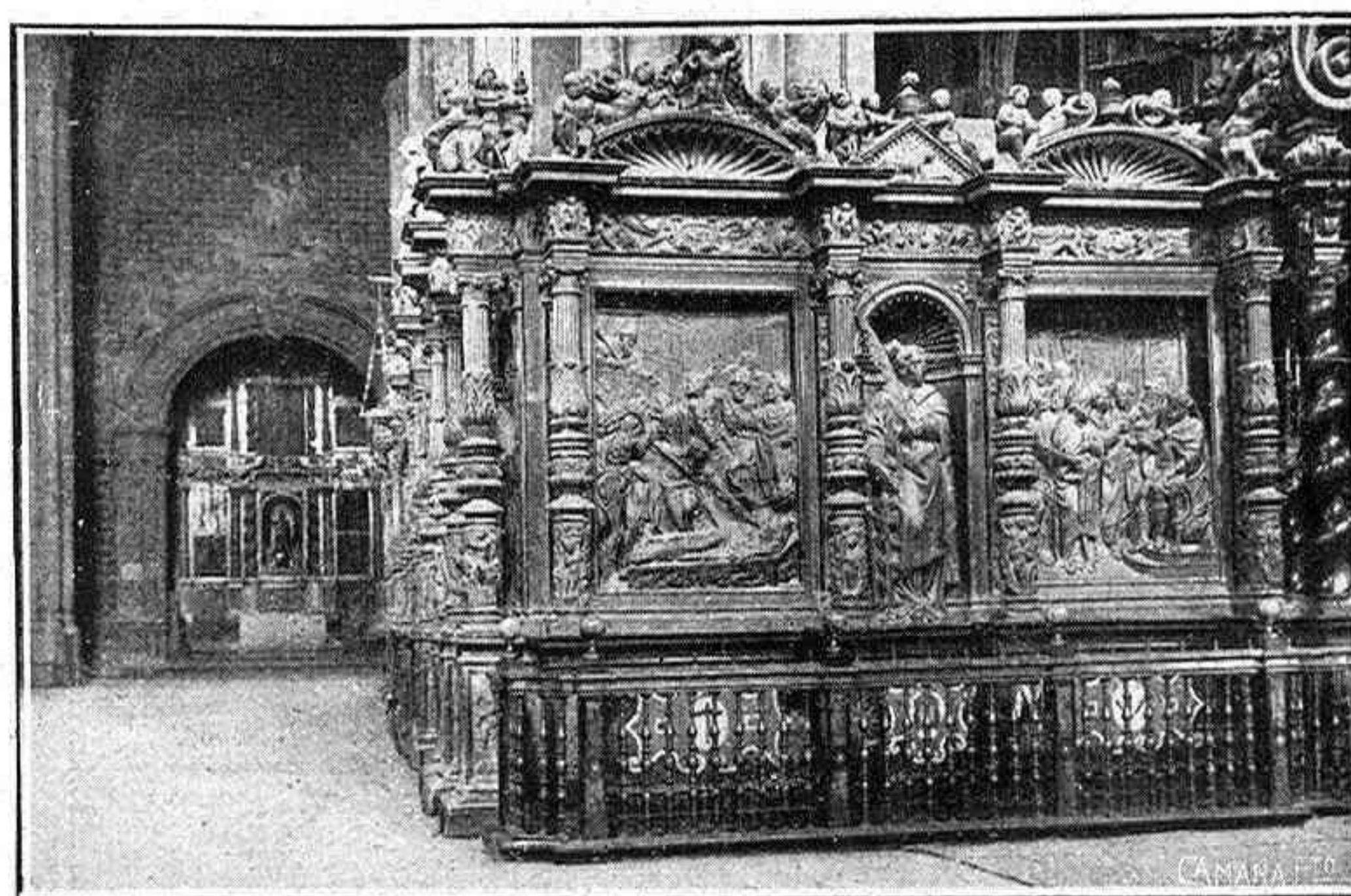
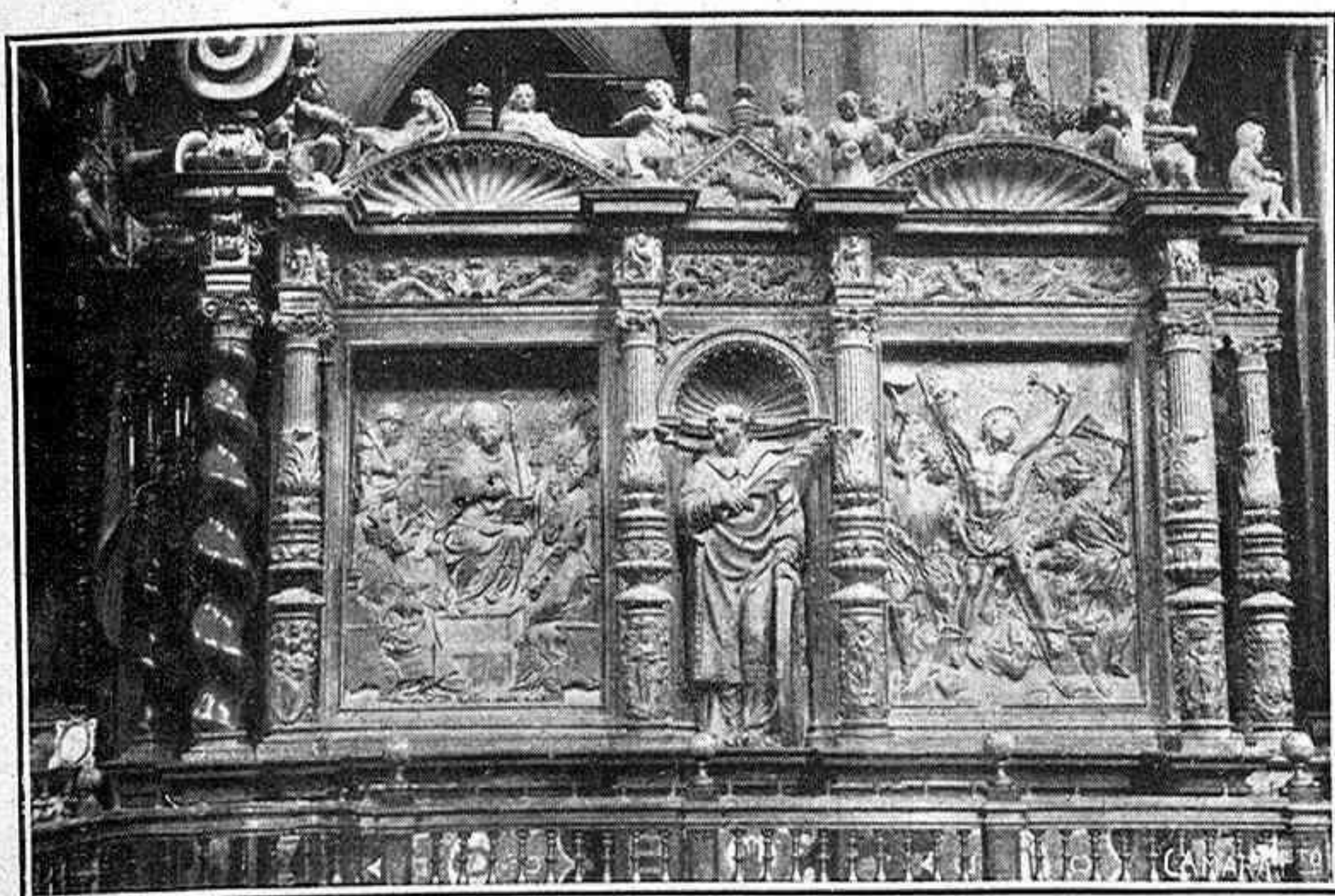


Fachada y ábside de La Seo



Fachada principal y torre de La Seo





Dos aspectos del magnífico trascoro de La Seo, construido por Tudelilla

cillez suprema y depurado gusto artístico. El pie del órgano—arte gótico purísimo—es considerado por los inteligentes en la materia como la más acabada obra de su época (1480).

En las portadas de las capillas que rodean el templo puede verse el absurdo conglomerado de adorno y figura que caracteriza al barroquismo. En el interior de la de San Bernardo se encuentran los sepulcros de Don Fernando de Aragón y de su madre, acabadísimas obras de arte ignoradas por la mayor parte de los zaragozanos. Fueron sus autores Juan Lizein y Bernat Monero.

El famoso trascoro—cuya inmensa maravilla de arte es admirada por cuantos la contemplan—es debido al privilegiado cincel de Tudelilla. En la parte posterior y en una capilla sostenida por cuatro columnas salomónicas se venera el Santo Cristo de La Seo.

Formando parte del edificio, pero separado por pared del gran templo, hay una pequeña iglesia que fué elevada á la categoría de parroquia por D. Lope Hernando de Luna, cuarto arzobispo de Zaragoza, á la que el pueblo designa con el nombre de *parroquieta*. En ella se encuentra

el sepulcro de D. Lope, cuya maravillosa factura de arte gótico lleva la lejana fecha de 1382.

ooo

La fotografía de la torre da una clara idea de su esbeltez y elegancia. Asentada sobre un basamento de piedra, remata el primer cuerpo con una sencilla y colosal balaustrada. En el segundo, figura el reloj, sostenido por las alegorías del Destino y el Tiempo. En los ángulos del cuerpo tercero se divisan las colosales estatuas representativas de las cuatro Virtudes cardinales. Por fin, sobre el cuarto y último cuerpo, descansa el chapitel—parte más moderna de la torre—construido á mediados del pasado siglo en substitución del anterior, destruido por un incendio.

ooo

El exorno de algunas capillas lo constituye cuadros de los Raviella, Francisco Jiménez, Galván, Jusepe Martínez y Lupicino de Florencia.

ooo

Fué el templo del Salvador centro donde tuvieron su gestación y desarrollo casi todos los sucesos políticos acaecidos en el reino de Aragón,

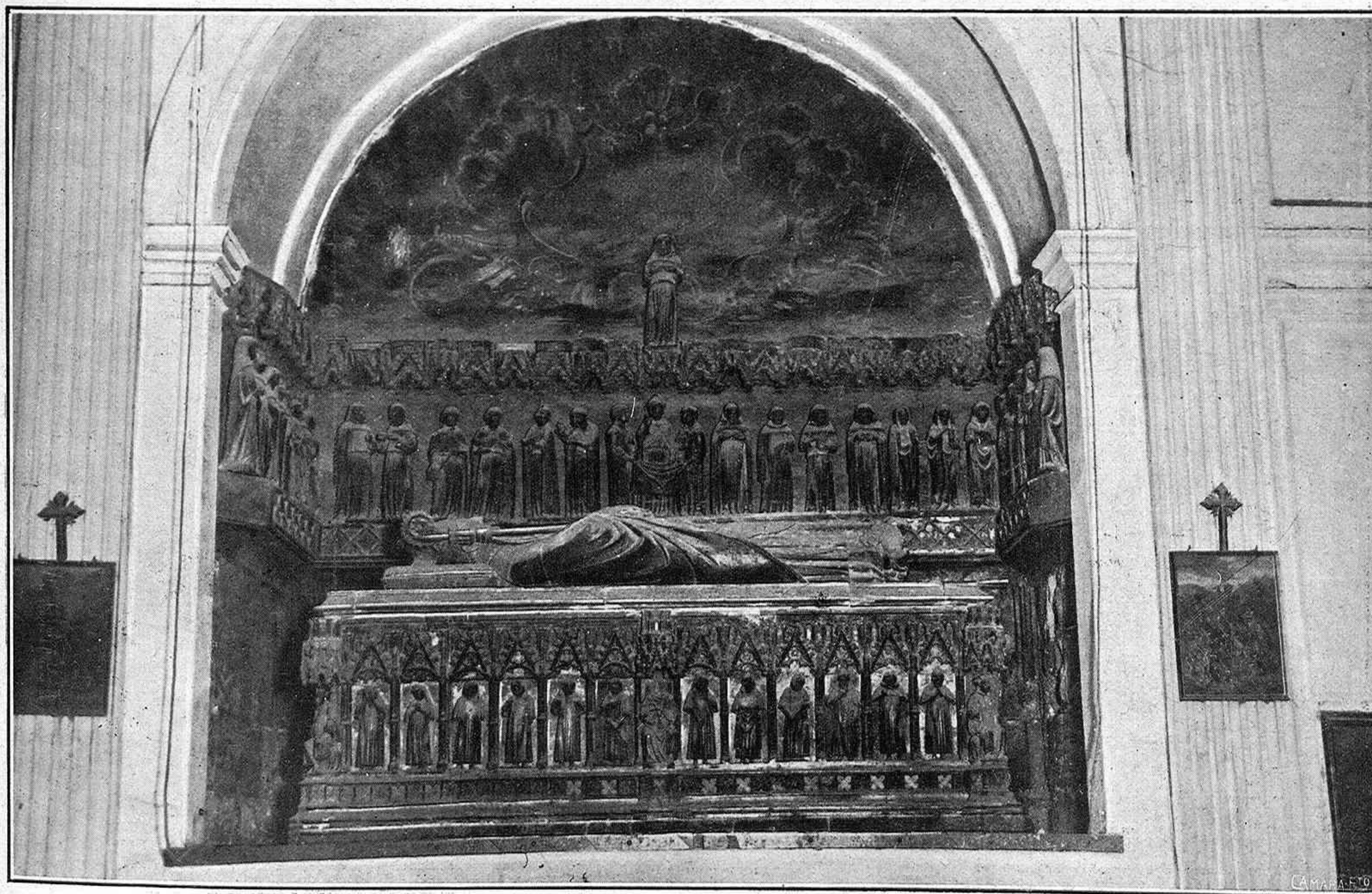
desde la elección de Don Fernando *el de An-tequera* hasta el asesinato de Pedro de Arbués, inquisidor general, y que hoy tiene abierta al culto en su honor una capilla en el mismo sitio donde perdió la vida. Construido en época de cotidianos sobresaltos y zozobras, el subsuelo de La Seo está surcado por numerosas *minas*, en la actualidad cegadas, que iban á morir al Ebro después de un largo y caprichoso recorrido. Todavía hace pocos años fué descubierta una de esas galerías en un sótano de la calle de Gavín. En un armario encontrado en una á manera de plazoleta—que debió servir de despensa—fueron halladas diversas vajillas árabes, que alcanzaron altos precios entre los inteligentes.

ooo

Mucho más podríamos hablar de las maravillas que encierra la famosa catedral donde se venera el milagroso Santo Cristo; pero son detalles prolijos que no caben en la estrechez de una sucinta crónica.

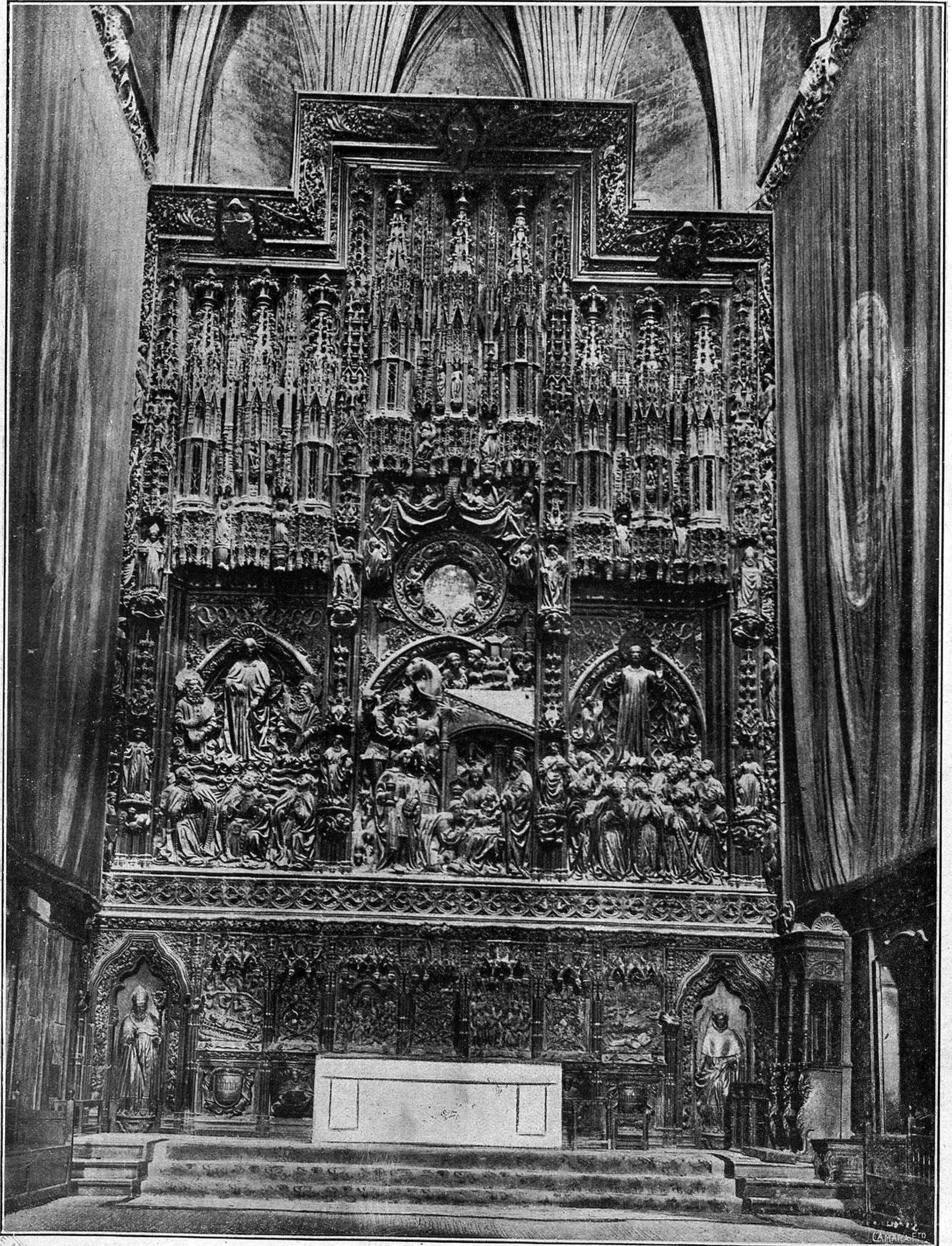
MANUEL HUERTA MARÍN

FOTS. SÁNCHEZ ROMÁN



Sepulcro de D. Lope de Luna, del siglo XV, existente en la parroquieta

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL

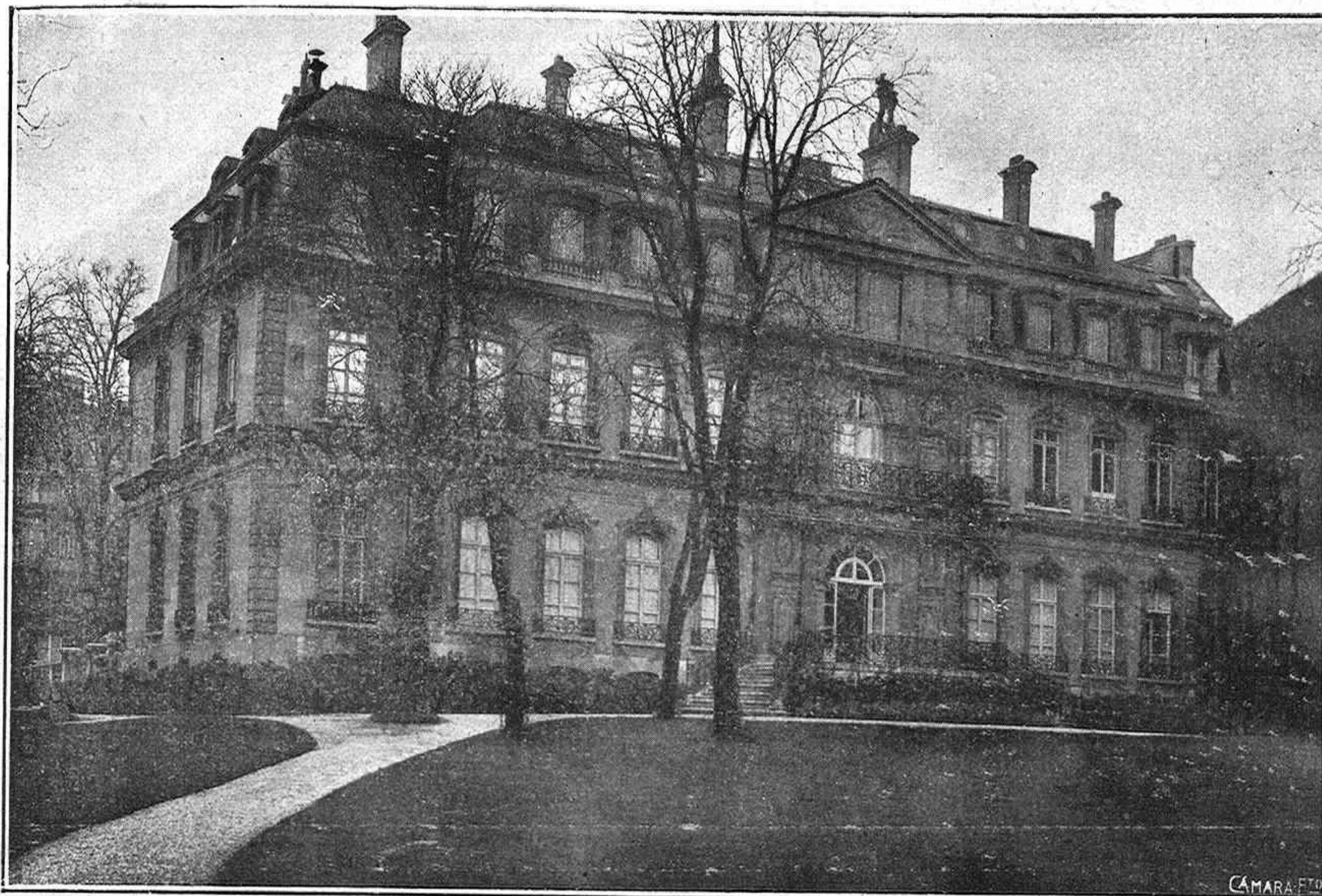


MAGNÍFICO RETABLO GÓTICO DEL SIGLO XV, EXISTENTE EN EL ALTAR MAYOR DE LA CATEDRAL DE LA SEO, EN ZARAGOZA

FOT. SÁNCHEZ ROMÁN

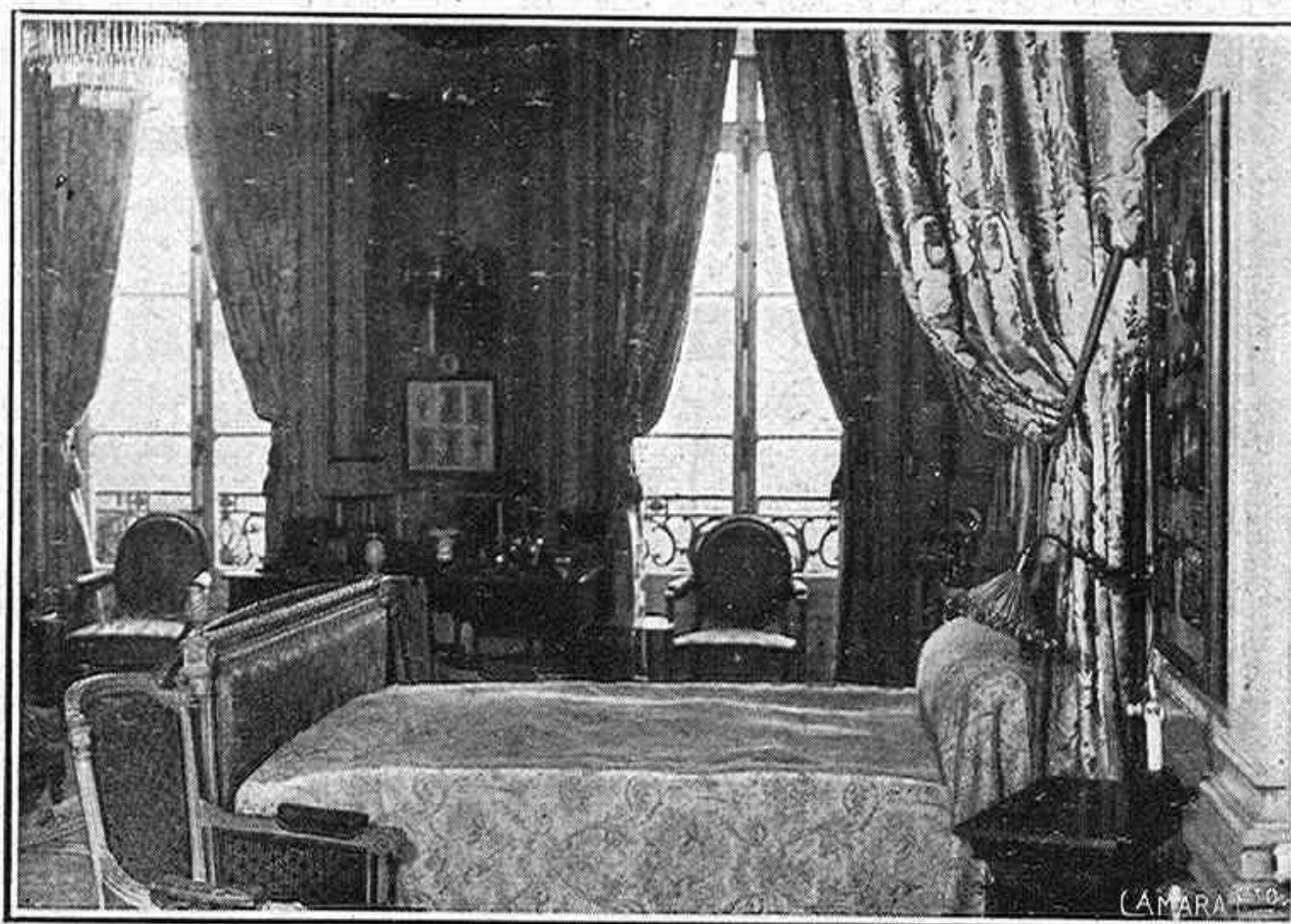


WILSON EN PARÍS



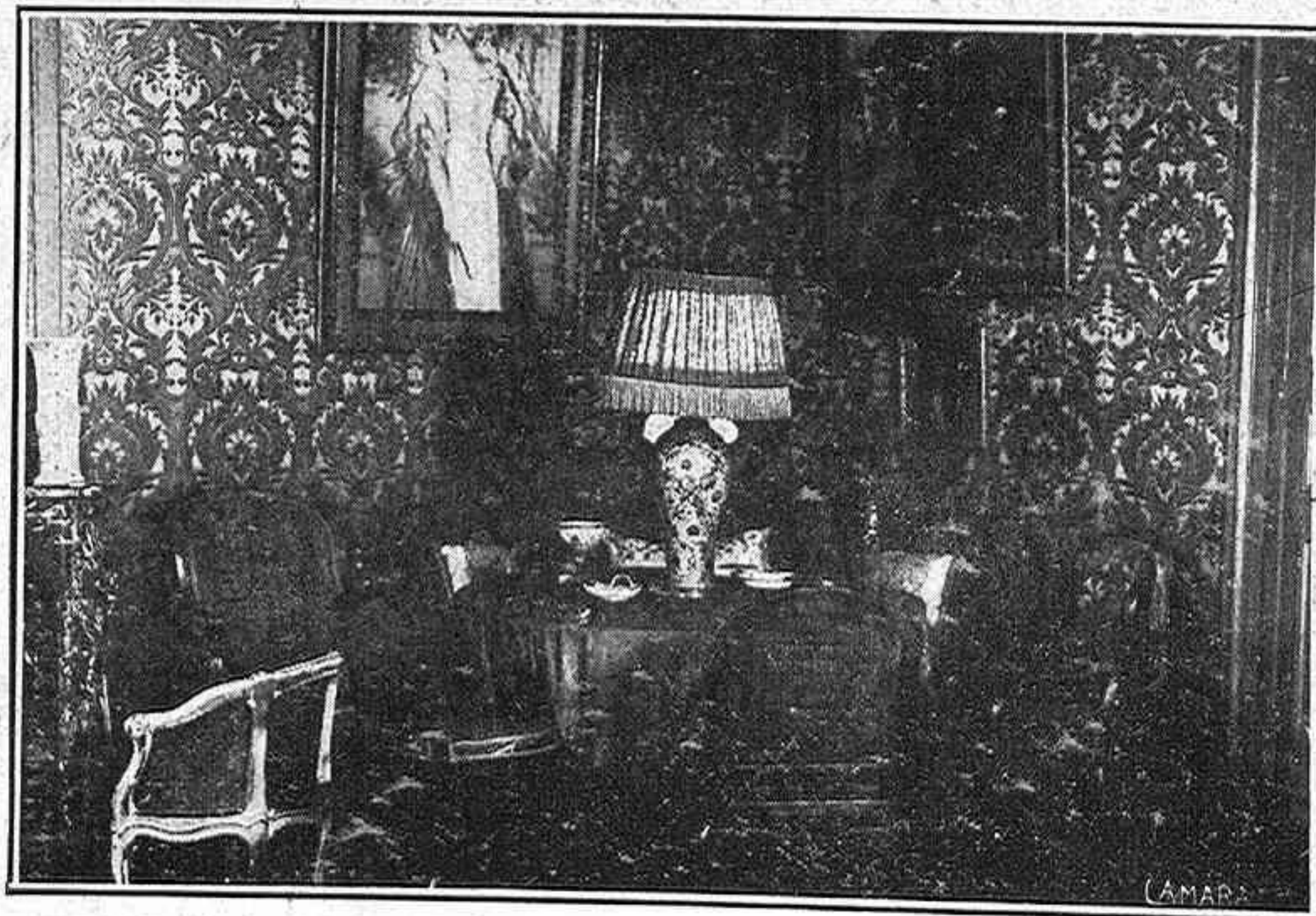
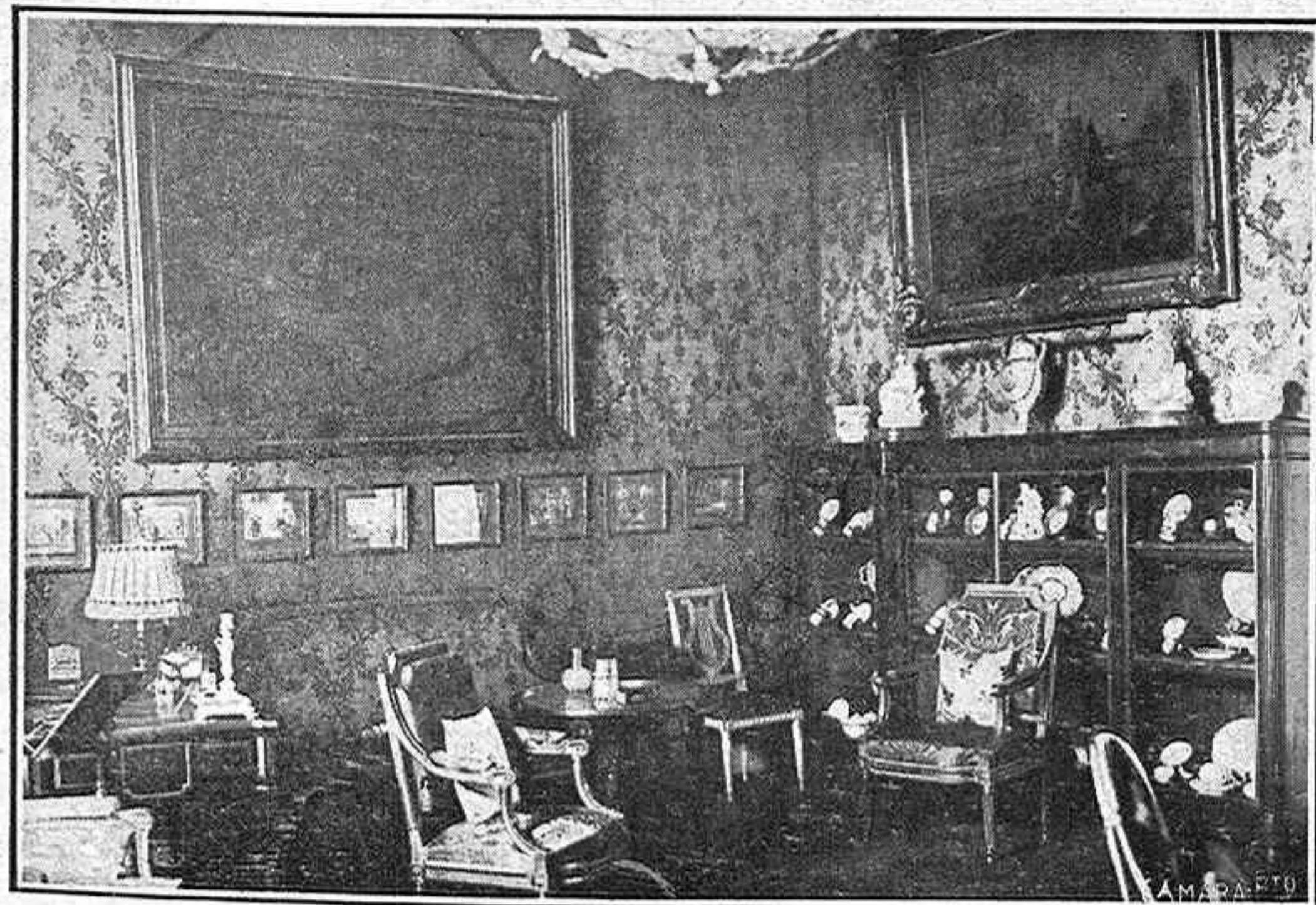
El palacio del príncipe Murat en la Avenida Monceau, residencia del presidente Wilson y su esposa durante su estancia en París

EL presidente Wilson ha sido en París objeto de las más frenéticas ovaciones. El pueblo francés ha visto en él al representante de la nación que, al participar en la guerra decidió de una manera clara, precisa, la victoria del lado de los aliados. Durante los primeros años de la horrible contienda, Wilson era el apóstol de la paz. Después, cuando los acontecimientos le obligaron a una actitud hostil frente a Alemania, fué el más enérgico propulsor de la guerra, el más poderoso esfuerzo de todos los pueblos beligerantes, para encauzar a su pueblo en la defensa de los ideales que había de ventilar por las armas. Su decidida vocación de luchar hasta el fin, encendió en su espíritu llamaradas bélicas; pero ni un momento perdió la serenidad y mucho menos la confianza en el triunfo, esa confianza que siempre lleva a la lucha aquel que tiene en sus manos la razón. Pero ya ha terminado la contienda y el Derecho, perturba-



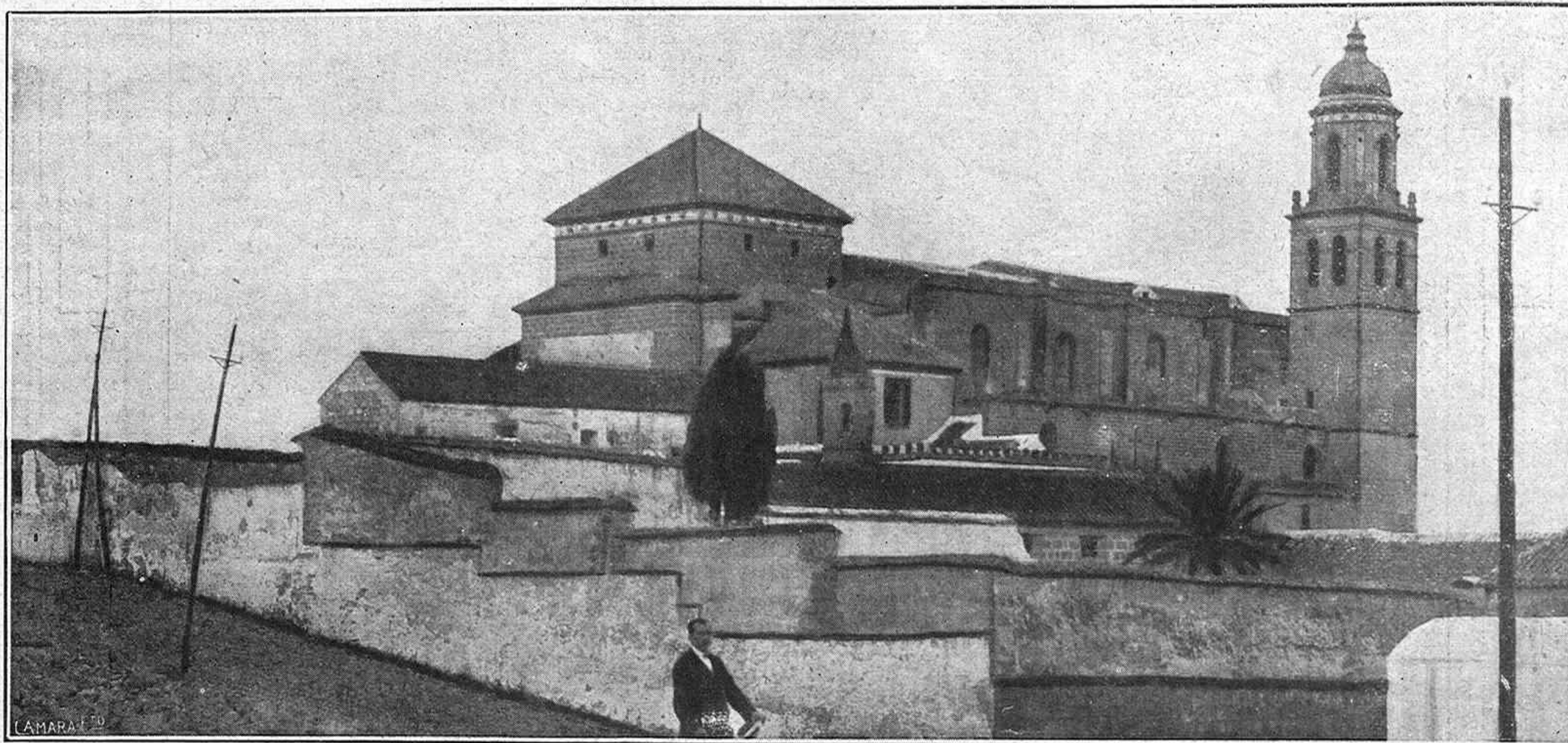
Dormitorio de Wilson y su esposa en el palacio del príncipe Murat

do sangrientamente durante más de cuatro años, está restablecido. Wilson viene a la vieja Europa, a este viejo suelo de Europa ennoblecido por la sangre de tantos mártires, y en el mismo escenario de la guerra no habla de rencores, ni de odios, ni de esclavitudes. Representa la serenidad y habla de la vida libre de los pueblos. Quiere que el restablecimiento del Derecho se consolide, que la paz y que el mundo puedan tener las posibles garantías de que el suelo no ha de ensangrentarse nuevamente, ni unas naciones han de ser víctimas de las ambiciones de otras más fuertes. Al lado del presidente norteamericano deben tomar partido todos los hombres de buena voluntad. Esa común alianza para oponer un obstáculo invencible al espectro de la guerra y de las grandes perturbaciones sociales, engendradas por la disolvente anarquía rusa, habrá de ser la única garantía en que pueda fundar sus optimismos el mundo.



Detalle de dos de las habitaciones destinadas al presidente de los Estados Unidos durante su estancia en la capital de Francia

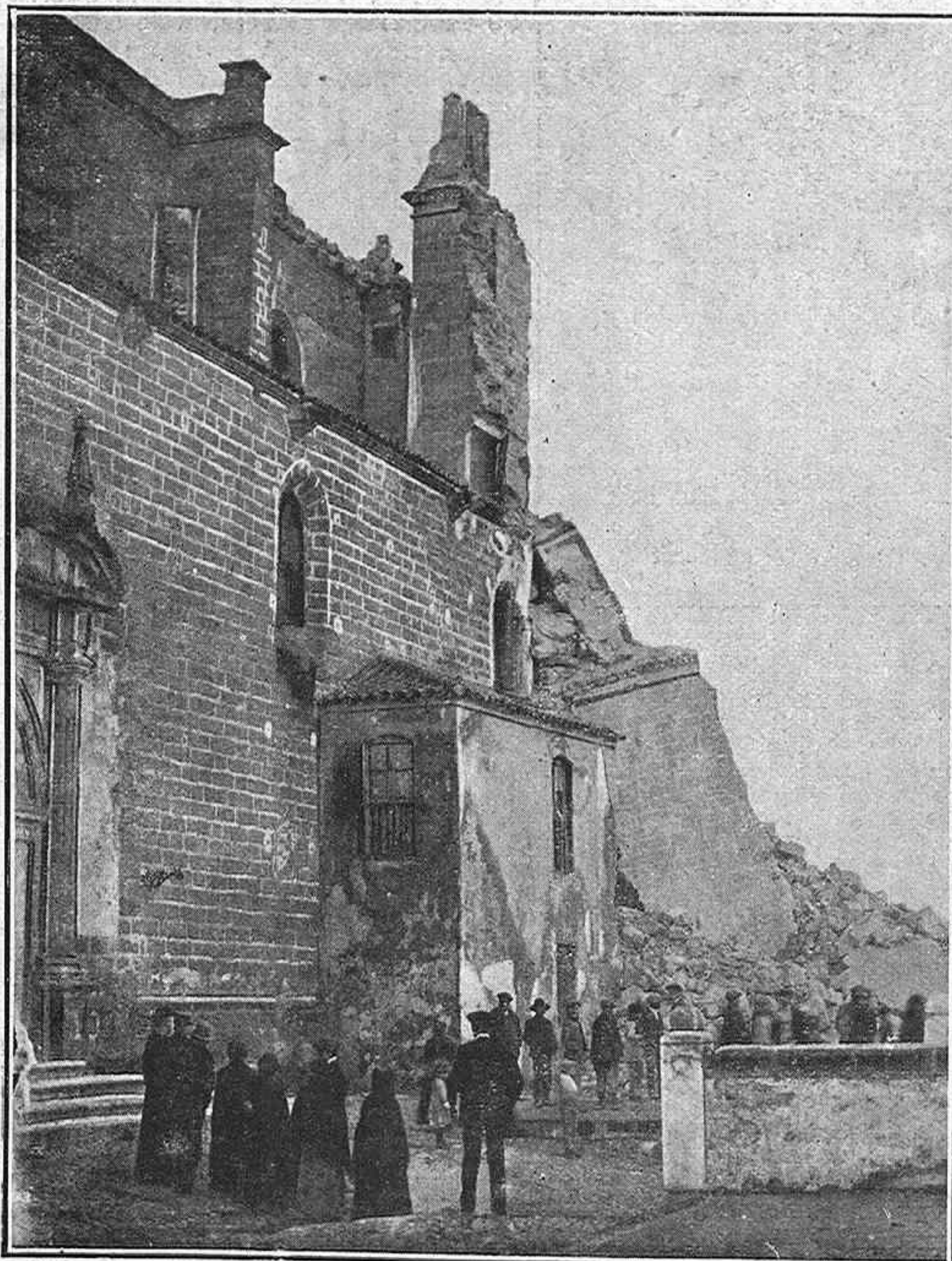
JOYA ARTÍSTICA QUE SE PIERDE LA IGLESIA DE OSUNA



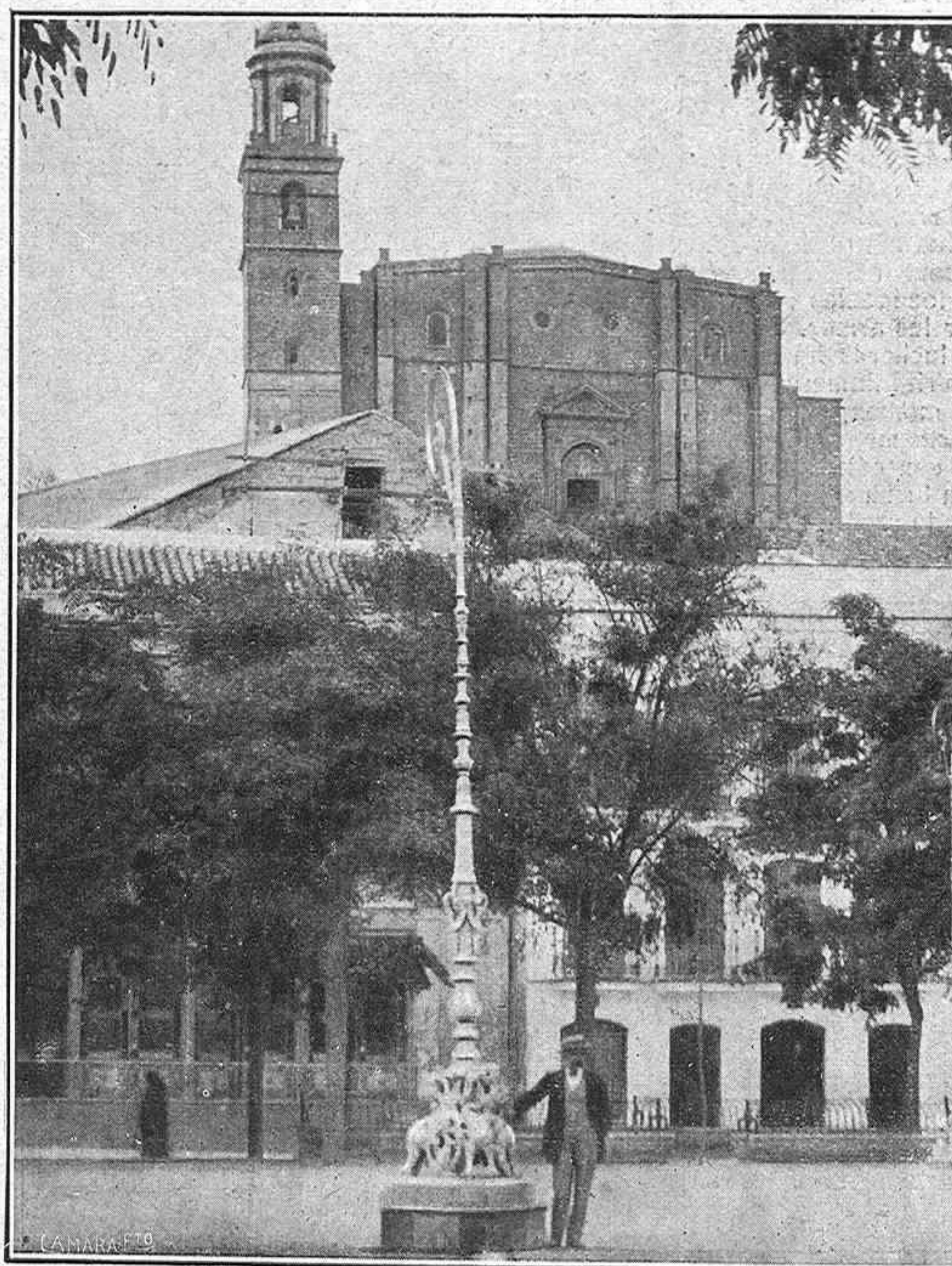
Un aspecto de la iglesia de Osuna, antes del derrumbamiento de la torre

HACE algún tiempo, al advertirse el estado de ruina de la antigua colegiata de Osuna (Sevilla), constituyóse una Comisión, de la que entraron á formar parte varios señores de la Hermandad Sacramental residente en la misma iglesia. Las gestiones de la Comisión dieron buen resultado: la recaudación pasaba ya de 20.000 pesetas, y podía esperarse que en breve plazo fuera posible realizar las convenientes obras de reparación que evitasen la ruina total del histórico templo. Por desgracia, no ha sido así. La acción del tiempo fué más fuerte que la previsión de los hombres: la

torre de la colegiata de Osuna se hundió en la madrugada del 18 de Noviembre último. La notable iglesia fué construída en el siglo xvi, entre los años 1534 y 1539. Después fueron construídos el Sepulcro de los Duques, la Universidad y algunas otras iglesias, siendo las obras costeadas por la munificencia del Sr. D. Juan Téllez Girón, IV duque de Uceda y duque de Osuna. Varios siglos respetaron la soberbia y artística construcción, pero, al fin, el tiempo la destruyó en una de sus partes de mayor interés. Así está en peligro de desaparecer totalmente este histórico monumento.



Fotografía tomada después del derrumbamiento de la torre



Otro aspecto de la iglesia de Osuna, antes d.l derrumbamiento de la torre

